

CRISTIANDAD

Año XXVI - N.º 457
BARCELONA
MARZO 1969

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESUS Y MARIA

Depósito legal: B. 15860 - 1958



SUMARIO

¿SE PUEDE HABLAR DE REPRESION EN LA IGLESIA?
Jean Danielou

REINO Mesianico
Francisco Canals Vidal

UN MEMORABLE MODELO DE APOLOGISTAS CRISTIANOS
Roberto Cayuela, S.I.

AL MEDIO SIGLO - EN LA TEOLOGIA DE LA HISTORIA XV ALEMANIA:
EL IMPERIO-ANTITEOLOGICO AUSTRIA-HUNGRIA:
EL IMPERIO PATERNAL Y AMENAZADO
Luis Creus Vidal

HACE 50 AÑOS ESPAÑA SE CONSAGRO AL CORAZON DE JESUS (Año Nacional del Corazón de Jesús)
¿QUE HAREMOS CON LAS IMAGENES DE NUESTROS TEMPLOS?
Alfonso Chacon, Pbro.

COMMEMORACION DE LA POETESSA MALLORQUINA MARIA ANTONIA SALVA
B. Guasp, Pbro.

EL INTELLECTUAL CATOLICO ANTE LA CRISIS DEL ATEISMO MODERNO
Elsa Hoerter de Carbonell

ECUMENISMO ANTIECUMENICO
V. Fellu, S. I.

¿CRISIS DE OBEDIENCIA O DE EDUCACION?
SABER OBEDECER-SABER MANDAR
SABER ESCUCHAR
Severiano del Páramo, S. I.

ADMINISTRACIÓN:

Diputación, 302, 2.º - Telf. 222 24 46

Director: Fernando Serrano Misas

«LA MAYOR ESPERANZA DEL MUNDO»

¿SE PUEDE HABLAR DE REPRESION EN LA IGLESIA?

En la literatura de hoy la represión es un tema fundamental. Se habla de ella con cualquier motivo. Puede significar la acción con que la policía impide una manifestación determinada, pero con el mismo vocablo se designa también la disciplina con que cualquier hombre libre cree que ha de subordinar los valores superiores a la satisfacción de los propios instintos. En un escritor como Marcuse, la libertad a que nos llama no es sólo un modo de liberarse de la coacción externa sino también de la interna, lo cual es un modo de aplastar todos los valores, en una palabra todo aquello que el hombre juzga que no puede llevar a cabo más que en la medida que subordine a las fuerzas inferiores al valor de las superiores.

Una de las cosas más trágicas de la juventud de hoy consiste en el hecho de que cierto número de impostores la induce a medir por igual las coacciones contra las que hay derecho a reaccionar y la obligación de someterse a los valores fundamentales. La casi totalidad de la literatura, del cine y de los semanarios actuales está impregnada de un espíritu de liberación, que no es la liberación de coacciones inadmisibles, sino todo lo contrario, voluntad de liberarse de todo aquello a que todo hombre tiene necesidad absoluta de someterse o de adherirse para que sea realizado.

* * *

Por lo que se refiere a la Iglesia el problema de la autoridad y de la libertad tiene elementos comunes con los problemas generales de la autoridad y de la libertad, pero presenta también elementos particulares. La Iglesia, de hecho, no es una sociedad como las otras. En toda sociedad existe un cierto equilibrio entre la libertad y la autoridad que forma parte de la misma estructura como en cualquier comunidad humana. Pero en el caso de la Iglesia la autoridad deriva de otra fuente. No se trata solamente de la exigencia, común a toda sociedad, de poseer una determinada estructura, sino de saber que Cristo mismo ha tenido la intención de transmitir una autoridad de naturaleza absolutamente única, que es la suya, autoridad en el orden de la verdad y autoridad también de poder, para que pueda cumplir su designio; Cristo ha querido confiar tal autoridad, comprendiendo este doble significado, a algunos hombres a fin de que continúen su obra divina en la historia.

Pues esto hoy es discutido. Recientemente escribía Küng: "En la Iglesia primitiva las dotes de gobierno no estaban reservados a una clase dirigente, a una aristocracia detentora del espíritu que se distinguía de la comunidad y se elevaba sobre ella para dominarla". ¿Debemos pues decir que la autoridad en

la Iglesia es una acción de dominio que algunos ejercitan sobre la colectividad, y tal obra es ajena al designio de Cristo el cual no hubiera querido en modo alguno que en su Iglesia hubiera una autoridad confiada a la persona para ello delegada?

Es ésta una pregunta de importancia fundamental. ¿Debemos decir que la autoridad en la Iglesia, la autoridad de los obispos y la autoridad del Papa es una acción de dominio que se ha constituido al correr de los siglos de la cristiandad; que hoy ha llegado la hora de una verdadera democratización de la Iglesia; que es preciso por ello oponerse radicalmente a esta acción de dominio y traspasar todos los poderes a la democracia del pueblo cristiano que se gobernará con potestad absoluta sin someterse a ningún otro poder?

Esto es precisamente lo que hoy nos querrían hacer creer. Es esto lo que los setecientos cuarenta laicos firmantes de la carta "Si Cristo viese todo esto", declaran afirmando abiertamente que hoy vivimos bajo un régimen de opresión. ¡Pobres obispos! ¡Si nos oprimieran un poco seríamos tal vez los primeros en agradecerse, porque no se puede ciertamente decir que en la situación actual estemos oprimidos por su poder!

Pues es esto lo que nos quieren hacer creer, o sea que estamos siendo víctimas de una especie de alienación, y que debemos liberarnos de la opresión ejercida por el Papa y por los obispos sobre la cristiandad, opresión que impide la libertad del pensamiento y de la investigación teológica, que impide el surgir de las herejías, o sea precisamente lo que estos maestros desean, que impide la libertad tanto en el campo de la moral como en el del pensamiento.

Cuando el Papa y los obispos intervienen en una determinada cuestión, ya sea de naturaleza doctrinal, como ha hecho Paulo VI cuando ha recordado que el creer en la Inmaculada Concepción o en la Asunción de la Virgen forma parte de la fe cristiana, o cuando él interviene para afirmar que hay determinadas normas para la interpretación cristiana del matrimonio, algunos protestan contra el abuso del poder y la ingerencia de la autoridad de la Iglesia en cuestiones que, según ellos conciernen a la conciencia individual.

* * *

Es necesario afrontar la cuestión, porque precisamente es esta cuestión la que hoy se debate, y ante todo afrontarla históricamente. Una cosa es cierta. La intención explícita de Cristo fue constituir el colegio de los apóstoles durante su vida terrena, eligiendo la Iglesia para confiarle el poder de transmitir auténticamente su mensaje y comunicar efectivamente el fruto de su acción redentora. Son verdaderamente los doce que vivieron con Cristo, que fueron elegidos por Él, los que después de Pentecostés anunciaron auténticamente su mensaje, bautizaron, presidieron la celebración eucarística y designaron a sus sucesores que nosotros hoy llamamos con el nombre de obispos.

Como Pedro ejerció el primado en aquella primera comunidad de apóstoles, así en la colegialidad de los obispos, el sucesor de Pedro ha ejercido siempre el primado. Esto ha sido establecido personalmente por Cristo y durará el fin del mundo. Este es el fundamento constitutivo de la Iglesia misma, y a través de esta jerarquía establecida por Cristo se obra la transmisión de la verdad y la continuación auténtica de la vida sacramental.

Es, pues, absolutamente falso desde el punto de vista histórico afirmar que esto en la Iglesia es un fenómeno de segundo orden, el reflejo de cierta situación sociológica. Es todo lo contrario, es un aspecto fundamental de aquello que Cristo ha querido instituir. Él ha dado todas las riquezas, que son suyas, a aquellos que ha elegido para ser los instrumentos mediante los cuales transmitiría sus dones. Oponerle o discutir la existencia de esta autoridad en la Iglesia significa discutir la institución misma querida por Jesucristo.

* * *

Añadiremos, en segundo lugar, que si la discusión de la autoridad en la Iglesia no es legítima por lo que respecta a su fundamento divino, también es ilegítima la disputa y la duda sobre la fecundidad de esta autoridad. Porque si una cosa en la Iglesia nos parece casi divina, es precisamente esta: el modo por el cual durante dos milenios en que se han sucedido tantos trastornos políticos y tantas vicisitudes ideológicas, en un mundo en el que vemos tanta confusión y tanto caos, conserva una directriz siempre fiel a sí misma, que en medio de este caos y estas mudanzas presenta una estabilidad tan fuerte que es imposible pensar que sea cosa que pueda atribuirse solamente a la virtud humana, sino a la asistencia divina. Pues esta sólida roca, esto que la hace inmutable, lo encontramos en la tradición de la Iglesia que desde San Pedro se perpetua a través de los obispos unidos al obispo de Roma, y a través del sucederse de los Concilios.

Esto, a mi modo de ver, es una de las pruebas más evidentes de que en la Iglesia hay algo divino. Querer negarlo para abandonarse a las vicisitudes de las ideologías del momento, querer poner a merced de todas las corrientes humanas esta transmisión de la verdad, poner trabas a esta autoridad que en un mundo tan mudable tiene el sello divino que, estamos ciertos, traerá a la Iglesia muchos hombres que tenía alejados, yo digo que es la acción más absurda y más criminal que se puede llevar a cabo. En la solidez y en la firmeza que presenta la tradición de la Iglesia, vemos la mayor esperanza del mundo de nuestro tiempo.

JEAN DANIELOU
(*L'Ossevatore Romano*)
23 febrero 1969)

REINO Mesianico

Ponencia leída en el Congreso de LA CIUDAD CATÓLICA (Barcelona, octubre 1968). Agradecemos a VERBO la autorización para reproducirla en nuestras páginas.

La temática de Teología de la Historia anunciada con este título va a ser desarrollada en esta conversación con Vds., no en forma de conferencia ni de lección magistral. Nadie podría ser maestro, mucho menos yo, en la interpretación de la palabra de Dios sobre el sentido de la historia. Será una confidencia íntima entre amigos, con los que se tiene la seguridad de poder hablar sin el riesgo a ser mal interpretado. Trataré así de dar a conocer, o de recordar a los que ya lo conocen, el pensamiento teológico en torno a la historia que profesó y enseñó el P. Ramón Orlandis, S. I., fundador de Schola Cordis Iesu, inspirador de la revista CRISTIANDAD; el que fue maestro de muchos de nosotros y también de algunos amigos inolvidables que ya murieron.

No pretenderemos abarcar, naturalmente, el sistema completo del P. Orlandis, sino de señalar algunas líneas orientadoras y sugerencias nucleares. Esta confidencia merece ser dicha y oída con humildad cristiana, espíritu de fe y deseo de confirmar nuestra esperanza en Jesucristo Rey.

* * *

El tema secular de la polémica entre “los judíos”, hijos del pueblo escogido que había recibido la promesa del Mesías y que no recibieron su advenimiento, y los cristianos, los que creemos que Jesús de Nazaret, hijo de María Virgen, es el Mesías prometido a Israel, el Hijo de Dios Salvador del mundo, ha sido el del cumplimiento de las profecías mesiánicas. Para el judío creyente en la Ley y en los Profetas, y que en nombre de ellas niega que Jesús sea el Rey Mesías, el argumento de su incredulidad fue siempre el de que por Jesús de Nazaret no han venido a Israel y las naciones los bienes profetizados como signo y fruto del advenimiento.

Leemos en el profeta Miqueas:

“Acontecerá en los últimos tiempos que el monte de la casa de Jawhe será constituido por cabeza de todos los montes, más alto que todo collado, los pueblos correrán a él; muchas naciones vendrán y dirán: venid, subamos al monte de Jawhe, a la casa del Dios de Jacob; nos enseñará sus caminos, andaremos por sus sendas, porque la Ley saldrá de Sión, la palabra de Jawhe saldrá de Jerusalén; y juzgará entre muchos pueblos, y corregirá a las naciones fuertes hasta muy lejos; y convertirán las gentes sus espadas en azadones, sus lanzas en hoces. Ninguna nación alzaré espada contra otra, ya no se ensayarán para la guerra, cada uno se sentará debajo de su vid, y debajo de su higuera y no habrá quien amedrente porque la boca de Jawhe de los ejércitos así lo ha dicho. Bien que todos los pueblos anduvieren cada uno en el nombre de sus dioses, noso-

tros andaremos en el nombre de Jawhe nuestro Dios para siempre y eternamente” (IV).

Y en Isaías:

“Saldrá una vara del tronco de José, un vástago retoñará de su raíz y sobre Él reposará el espíritu de Iawhe, espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo de fortaleza, espíritu de conocimiento y de temor de Iawhe, no juzgará según la vista de sus ojos, ni argüirá por lo que oyeren sus oídos, sino que juzgará con equidad para los mansos sobre la tierra, y herirá la tierra con la vara de su boca con el espíritu de sus labios matará al impío y será la justicia cinto de sus lomos y la fidelidad ceñidor de sus riñones; morará el lobo con el cordero y el tigre con el cabrito se acostará, el berecco y el león y la bestia doméstica dormirán juntos y un niño los podrá pastorear; la vaca y la osa pacerán, sus crías se echarán juntas, y el león comerá paja como el buey y el niño de teta se entretendrá sobre la cueva del áspid, y el recién destetado extenderá su mano sobre la caverna del basilisco; no harán mal ni dañarán en todo mi santo monte, porque la tierra estará llena del conocimiento de Iawhe como el mar cubierto por las aguas; y acontecerá que la raíz de Jesé será puesta como enseña sobre las naciones y buscada por todas las gentes; acontecerá que Jahwe tornará a tomar otra vez su mano para reunir las reliquias de su pueblo de Asur, de Egipto, de Partia, de Etiopía y de Persia, de Caldea y de las Islas; juntará los desterrados de Israel y los reunirá a los esparcidos de Judá de los cuatro cantones de la tierra” (Is. XI).

A los judíos es prometida la reunión de Israel disperso, la liberación de Israel y del mundo entero de las guerras, de la opresión, de la tiranía, la justicia para los pobres y los mansos; todo el mundo, como está el mar lleno de agua, lleno de conocimiento de Jahwe, todas las naciones buscando en Jerusalén la Ley salvadora de Dios, la paz mesiánica, los bienes mesiánicos; las naciones viendo en Israel brillar la bendición de Jahwe, todos los ídolos de las gentes hundidos, derribados por la manifestación del rey Mesías. Esto es lo que los profetas anunciaban. También anunciaban un siervo sufriente, rechazado por su pueblo; también anunciaban que el pueblo rechazaría y sería reprobado, dejaría de ser pueblo; también anunciaban que el pueblo que Dios buscaba quedaría rechazado y que las naciones que no le buscaban serían ahora el pueblo de Dios. Pero también anunciaban esto que acabamos de leer. ¿Es muy extraño que el pueblo de Israel considerase que el advenimiento del Mesías tenía que ser la bendición para Israel? ¿es muy extraño que pudiese preguntar a los cristianos si acaso Jesús de Nazaret había hecho desaparecer las guerras entre las naciones o ha-

bía hecho desaparecer toda tiranía y opresión en el mundo?

* * *

Este es el tema de los judíos con los cristianos. En el siglo II San Justino el Filósofo nos lo refiere en su diálogo. El judío Trifón le arguye a Justino que los cristianos han abandonado a Dios para adorar a un hombre, a Jesús, que han abandonado la Ley de Jahwe. Justino comienza por vindicarse de la acusación de que los cristianos no adoran al Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob y dice: "Reconocemos que no hay otro Dios que el que creó el universo, el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, nos consideramos linaje israelítico, hijos de Judá de Jacob, de Isaac y de Abraham a quien Dios, cuando le llamó — dice el cristiano al judío — le prometió que sería padre de muchas naciones. Nosotros somos este linaje de Abraham".

Pero Trifón, el judío le replica: "Pero vamos a ver, dime, ¿reconocéis vosotros que Jerusalén será restaurada, que vuestro pueblo se congregará, esperáis triunfar juntamente con los Patriarcas y Profetas, los que fueron de nuestro linaje, los que se juntaron con nosotros antes de que viniese vuestro Cristo? Y le dice: ¿no será que para aparentar que nos superáis en las controversias os refugiáis en la aceptación de todo esto? Estamos ante el problema central. El judío le dice al cristiano: ¿esperáis vosotros lo que los Profetas anunciaron o no lo esperaréis?"

¿Esperan los cristianos lo que anunciaron los Profetas? ¿Esperan la restauración de Israel y la reunión de las naciones con él? ¿Esperan la paz mesiánica? El judío sospecha que para el cristiano no ésas, vanas e ilusorias esperanzas del pueblo judío, que veía en el Mesías a quien había de restituir el reino a Israel. Cuando los creyentes en Cristo confiesan que también ellos esperan la conversión de Israel y el cumplimiento de los bienes mesiánicos por la consumación del Reino, sospecha el judío que habla así para no verse obligado a reconocer que vanamente cree en Jesucristo. En el lenguaje del apologista cristiano se patentizaría sola la argucia hipócrita que disimula la no aceptación del mensaje de los Profetas de Israel.

San Justino replica airadamente: "No soy tan miserable que diga una cosa sintiendo otra. Yo, y otros muchos cristianos así pensamos, de modo que tenemos como absolutamente cierto que así será. Así pues yo, y los cristianos que en todo sienten rectamente, sabemos esto: creemos en la resurrección de la carne, en la restauración de Jerusalén, la que profetizaron Ezequiel e Isaías y todos los demás Profetas. Pero he reconocido también — añade — que por su parte muchos, incluso del linaje de los cristianos, no reconocen lo que afirma la sentencia pura y piadosa. "En cuanto a los que se llaman a sí mismos cristianos, pero que son impíos y ateos herejes, te he ya mostrado que en todo sienten impiamente."

Las últimas palabras de S. Justino aluden a quienes niegan con la restauración de Israel y el reino mesiánico, también la resurrección de la carne, la realidad de Cristo encarnado — del Cristo histórico diríamos hoy — y blasfeman del Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob. Son los gnósticos que se oponían antitéticamente a los cristianos judaizantes, ebionitas y milenaristas, los que, aún aceptando la fe en Cristo, deformaban la esperanza del segundo advenimiento, reduciendo a Cristo a ser rey de un reino mundano y visible, unívoco con las protestas terrenas.

Para los gnósticos carecía de sentido la Encarnación, pues todo lo que hay sobre la tierra y en el mundo visible es constitutivamente malo, efecto de un principio inferior y "caído", es decir, del Dios de Israel. Cristo no venía sino a liberarnos de la naturaleza y de la ley; los milenaristas esperaban un Cristo y un reino mesiánico cuyo sentido acertaríamos probablemente a expresar refiriéndonos a la empresa religioso-política de los primeros califas islámicos.

En el "Aversus Haereses" de S. Ireneo, el mayor de los Padres antignósticos, leemos: "No sería ya Jesucristo quien tiene carne y sangre por la que nos redime si no recapitulase en sí todo lo que creó antes Dios en Adán. Vanos son, pues, los de Valentín que así dogmatizan y excluyen la salvación de la carne y desprecian la creación de Dios. Y vanos son también los ebionitas, que no aceptan la unión de Dios y el hombre sino que perseveran en la vieja levadura. Reprueban éstos la conixtionem del vino celeste y quieren ver sólo agua secular (Conmixtionem vini coelestis reprobant et solam aquam saecularunt volunt esse). No aceptan a Dios que se venga a unir con ellos y perseveran en el Adán que cayó y fue arrojado del paraíso".

En estas palabras de un Padre del siglo II tenemos una definición rigurosamente actual de la reducción del reino mesiánico en el horizonte de un humanismo judío, de una comprensión ebionita, esto es, de defensa y revancha de los pobres, en fuerza de la cual se desdeña la gracia y el orden sobrenatural.

Rafael Gamba nos ha hablado con rigor y profundidad de la dialéctica hegeliana. Hegel llegó a considerar la dialéctica como el método absoluto a partir de una reflexión sobre la historia de la filosofía griega. La historia de los errores religiosos muestra también movimientos de oposición y de superación sintética de contrarios, cuya correcta interpretación no podría conducir a un determinismo racionalista ni al reconocimiento del carácter absoluto del devenir dialéctico, antes al contrario pondría de manifiesto la inestabilidad e inconsistencia del error.

En cuanto mal en el orden intelectual, todo error proviene de un cerrarse soberbio del hombre sobre sí mismo. Siempre se "recortará" así la realidad; y la parcialidad de las afirmaciones impulsará el movimiento de contradicción y de superación de los opuestos. Pero la síntesis de los momentos opuestos no podrá alcan-

zar la integridad y coherencia de la verdad y de la unidad ontológica.

Desde los primeros siglos hallamos un enfrentamiento antitético en los errores y herejías que deforman la vida cristiana: la antítesis entre el error judío, el ebionismo negador de la divinidad de Cristo y la gnosis anti-nomista hostil al orden creado, despreciadora de lo humano en odio al Creador.

El reflexionar sobre esta dialéctica del error, escisión satánica del misterio, que contrapone aspectos parciales para dar fuerza y apariencia de verdad cristiana a la herejía, puede ayudarnos hoy a comprender nuestra situación. Muchos autores han mostrado en el marxismo la reducción, ya explícitamente antiteísta, del ebionismo judaico, que ya S. Ireneo caracterizaba como desprecio de lo divino y opción exclusivamente secular.

* * *

La Escritura presenta insistentemente al pueblo elegido por Dios pobre y oprimido, y a los gentiles opresores como poderosos y ricos; se promete la liberación de los oprimidos frente a las naciones y a los poderosos soberbios.

El marxismo, heredero, secularizado hasta el anti-teísmo, del concepto ebionita de la esperanza mesiánica, ha convertido en resentimiento contra Dios la esperanza incumplida de la justicia sobre la tierra.

El proletariado ocupa el puesto de Israel; la burguesía el de la gentilidad; "El Capital" suplanta a la Biblia; Carlos Marx es el Mesías; el Partido sustituye a la Iglesia; el segundo advenimiento y el reino consumado sobre la tierra es sustituido por la revolución; el hundimiento de la burguesía equivale al castigo de las naciones idólatras; en lugar del milenio tenemos la sociedad sin clases.

Estos paralelismos, establecidos por Bertrand Russell y otros autores, revelan la vigencia en nuestro tiempo, después de la apostasia de las naciones cristianas, de un humanismo antiteísta cuyo origen no es "gentil", sino "judío"; humanismo que consiste en la radicalización del orgullo judío por el que Israel fue reprobado: el error de creer que la elección del pueblo pobre de Israel se fundaba en su propia justicia.

No merecemos ante Dios por nuestro talento, ni tampoco por falta de él; por nuestra riqueza o prestigio, ni porque carezcamos de prestigio y de riqueza. Y si Dios se complace en elegir las cosas que "no son" para confundir a las que "son", al ignorante y al pobre con mayor benevolencia que al rico y al prestigioso y poderoso en el mundo, lo hace para patentizar ante los hombres que es Él quien salva por su gracia. Y exige que quien es salvado tenga fe en la salvación de Dios, y reconozca que no tenía ante Él títulos para serlo. Para que no se glorie el sabio en su sabiduría ni el rico en su riqueza, ni el pobre y el ignorante en la justicia de sus obras.

La esencia del fariseísmo consiste en esta gloria en

las obras propias. Los fariseos se gloriaban en las promesas de Dios a Israel como si les fuesen debidas en virtud de su observancia de la Ley, y así despreciaban a las naciones. El extremo fariseísmo contagió al cristianismo judaizante; se comprende así el sentido del ebionismo: nosotros, los judíos, los pobres, somos los justos ante Dios. Y este ebionismo es el que persevera en el marxismo.

Y este mismo ebionismo originó paradójica y dialécticamente el capitalismo; porque si el pobre y el oprimido se siente elegido por sus propios méritos y se enorgullece en su elección, se instala en la más profunda de las soberbias; la que sintieron los grandes dirigentes del jansenismo o del calvinismo puritano; la exaltada estrechez de los dirigentes del islamismo. Y en la expansión musulmana realizan los árabes lo que los judíos creían leer en sus profetas; y los "santos" de Cronwell aniquilan y oprimen a los irlandeses; y los descendientes de los "peregrinos" emigrados al Nuevo Mundo se enriquecen con el exterminio de los indios y la compra de los hijos de Cam. En todo esto persevera también el fariseísmo judaico en Occidente a través de la orgullosa lectura calvinista de la Biblia.

Es este un modo de entender la bendición divina como enriquecedora del pobre: es la revancha de los elegidos, que toman los despojos de sus opresores y se sitúan por encima de ellos, para ser ahora los elegidos los tiranos, y tener los gentiles a su servicio. Esto es el milenarismo.

Los Padres que se enfrentan a él aducen textos en que se interpretan las bienaventuranzas como si prometiesen a los santos resucitados en el reino milenarista el ciento por uno en riquezas y placeres en premio de la renuncia y de la pobreza. Y esto, que no ocurrirá en la resurrección, lo hemos visto realizado en la fundación del capitalismo occidental.

* * *

La vana deformación ebionita de la esperanza del Reino en el humanismo secular ha continuado su obra a lo largo de los siglos. E igualmente la antítesis, la gnosis hostil a la naturaleza y que reviste el odio a Dios de desprecio de los bienes terrenos. Gnosis y milenio se sintetizan por otra parte reiteradamente en la historia, y, con influencia patente y universal, se entranan en los errores de nuestro tiempo.

La expresión más "moderna" de la gnosis, en el sentido en que ahora nos interesa considerar, lo hallamos en la obra de Marción. Cristo representa la antítesis del Antiguo Testamento. Su enseñanza revela que la obra del Dios de Israel, el mundo creado, es mala; que todo lo que hay en la naturaleza es contrario a la libertad que Cristo nos trae, la que nos emancipa y opone a la Ley y a la naturaleza creada por el Dios de Israel.

Y si hoy hallamos en el cristianismo social secularizado, continuador del ebionismo, también el concepto de un cristianismo sin Dios, y el rechazo de la idea del

poder divino, para ponderar la debilidad y humillación de Cristo, vemos sobrevivir aquí la idea marcionita; el Padre de Cristo no es Señor del mundo, no es omnipotente y dominador, sino que el Dios supremo y bueno del que Cristo es Hijo, y que se opone al Dios de Israel, es sólo bondadoso y liberador.

Otros aspectos de las corrientes gnósticas los podemos hallar explicados en S. Ireneo: "Después de que el Anticristo haya devastado todas las cosas de este mundo, sentándose en el Templo de Jerusalén — según los Santos Padres el reino del Anticristo sería recibido como el esperado reino mesiánico por los judíos nuevamente reunidos en Jerusalén en el que de nuevo reconstruirían el Templo — vendrá el Señor en la gloria del Padre y restituirá a Abraham la promesa de la herencia.

"Pero algunos de los que creen pensar rectamente alteran el orden de la resurrección de los justos e ignoran el proceso hacia la incorrupción por tener sentimientos heréticos: pues los herejes, despreciando lo que Dios ha creado y no aceptando la salvación de su carne, afirman que con la muerte se sobrepasan los cielos y el Demiurgo para ir hacia la Madre o hacia aquel Padre fingido por ellos. Pues no es de extrañar que los que reprueban la resurrección universal ignoren también el orden de la resurrección.

"Hay algunos cuya opinión es desviada por el lenguaje de los herejes y vienen a ser ignorantes de la dispensación divina y del misterio de la resurrección de los justos y del Reino."

Antitética a la vanidad ebionita, la "herejía", la "gnosis" impugnada por S. Ireneo no reconoce en este mundo nada que salvar. Podríamos decir que se trata de un "cristianismo de trascendencia". No hay esperanza del reino mesiánico y no la hay tampoco de la resurrección de los justos. La muerte es un retorno a la Madre — la suprema divinidad femenina, la Gran Madre de los cultos asiáticos que pervive hoy en lo femenino unitivo de Teilhard de Chardin — o hacia "aquel Padre que ellos fingen": que no es sino el principio, el indeterminado abismo de que todo se origina.

Si el milenarismo representa la deformación de la esperanza mesiánica, la visión secularizada del segundo advenimiento, el pasaje de S. Ireneo — paralelo al que antes hemos citado del diálogo con el judío Trifón de S. Justino — muestra la negación de la esperanza del reino como una minimización o recorte de la fe cristiana efecto de la influencia de las gnosias enemigas del Dios de Israel, hostiles a la Ley y a los Profetas, y despreciadoras de los dones y de la creación de Dios.

Milenarismo ebionita y gnosis negadora del Reino de Cristo y de la plenitud del Israel restaurado, son errores antitéticos que desconocen la dispensación del Reino de Cristo.

* * *

En la "modernidad anticristiana" una síntesis gnóstic-ebionita pone en movimiento el dinamismo del error

y deforma de raíz la mágica idea del Progreso. Es esta una idea "anticristiana" en el sentido más profundo y propio de la palabra; la concreción en el dinamismo histórico de aquel misterio de iniquidad del que San Pablo dice que ya actúa y que prepara la manifestación del hombre del pecado, que se enfrenta a todo lo que se llama Dios o recibe culto.

El carácter anticristiano de esta idea del progreso radica precisamente en que escinde y desorienta conceptos e ideales presentes en la historia como herencia de Israel y de la revelación bíblica. Nos habla de redención, pero no es la redención del hombre por la gracia divina; es una redención según elementos del mundo y que obra diríamos mágicamente: por el proceso irreversible de la Historia, por las exigencias del nivel de nuestro tiempo, somos redimidos del pasado, constitutivamente malo. Esta redención progresista presenta los caracteres de immanencia secular e intramundana del ebionismo, pero a la vez revela aquel dualismo de las gnosias. Por esto, más que un proceso lineal de maduración en el tiempo, se concibe el Progreso como serie de choques dialécticos redentores: a fines del siglo XVIII la burguesía redimía de la nobleza; más tarde el proletariado redime de la burguesía; en nuestro tiempo la juventud redime de los "padres podridos".

Oímos frecuentemente afirmaciones universales de este tipo: los jóvenes de hoy son justos, puros, exigentes, y quieren un mundo mejor, porque las generaciones anteriores lo habían construido injusto y opresor. En consecuencia ya no tenemos que considerar el bien y el mal en su verdadera línea: el bien como integridad y el mal como privación y desorden. El bien como algo a agradecer últimamente a la bondad y poder de Dios, y el mal y el pecado como consistentes en la cerrazón de la soberbia. El bien es para el progresismo algo arrojado al mar de la existencia por la generación, y que va a causar el mundo nuevo, fecundo y creador, al nivel de nuestro tiempo.

Dualismo maniqueo; y también ebionismo; ya que en todas las polaridades, y por satánico modo, también lo que "no es" confunde a lo que "es". Por satánico modo: porque lo que "no es" tiene el privilegio de la soberbia y del desprecio hacia lo que, precisamente por ser, es ya anquilosado, superado y destinado a la destrucción. Estamos ante redenciones inmanentes, mágicas, maniqueas. Se ha escindido la divinidad misma en el dios del poder y de la justicia. Se ha escindido la espiritualidad; se ha fragmentado la fe; se lanza una parte de misterio contra el otro, y se obtiene así la tensión en la que está la vida y el proceso del movimiento dialéctico redentor.

* * *

Las esperanzas de la Iglesia en la plenitud del Reino de Cristo son hoy como en los primeros siglos cristianos acusadas de milenarismo judaizante: quienes así sienten parecen exigir un cristianismo puro de contaminaciones "políticas", desarraigado de la historia, del que

estuviese ausente el deseo y la esperanza de una integración del orden temporal bajo el signo de la fe y de la gracia.

Pero que esta misma negación del Reino de Cristo en la historia, que desde los primeros siglos hallamos en las herejías gnósticas, se sintetiza también en nuestros días con el concepto humanista e inmanente de la redención. A la vez que parece exigirse un cristianismo "liberado de toda alianza", "despolitizado", es decir librado de la sobrevivencia del orden cristiano, se reduce la redención a la lucha social, y la tarea apostólica al compromiso temporal, que viene a ser la destrucción liberadora frente a la tradición y al pasado. Este cristianismo es simplemente revolucionario, lucha de clases, marxismo antiteístico. El Príncipe de las tinieblas sigue obrando el misterio de iniquidad, sugiriendo en la mentalidad contemporánea las mismas deformaciones que se expresaron en Marción y en los ebionitas.

* * *

Dice Santo Tomás que la fe católica se presenta cual una vía media entre errores opuestos. El movimiento dialéctico del error sintetiza como hemos visto tales oposiciones en el confuso agregado de una concepción en la que se desintegra el sentido cristiano de la historia.

Si no seguimos ni el error judío del humanismo ebionita, presente en nuestro tiempo en las diversas corrientes del Evangelio social, ni el error herético que desprecia el orden natural y no acepta la esperanza de su integración en el Reino de Cristo, deberemos profesar la esperanza que la Iglesia vino a institucionalizar litúrgicamente en la fiesta de Cristo Rey.

No es erróneo milenarismo vivir en estos tiempos de misterio de iniquidad, en el consuelo y la esperanza a que nos invita el Evangelio: alzar los ojos y levantar la cabeza porque se acerca nuestra redención.

De esta esperanza vivimos los cristianos; a ella nos invita la Escritura, que nos alienta a esperar y nos invita a suplicar con ardiente plegaria la humillación de los poderes anticristianos. No porque así vengamos a tener nosotros la oportunidad de llegar a ser poderosos al modo como lo son los enemigos de Cristo: sería esto envidiar la prosperidad de los malos y tener celos de quienes obran la iniquidad.

"La altivez de los ojos del hombre será abatida; la soberbia de los hombres será humillada, y sólo Yahwe será ensalzado aquel día." Si al leer esto en la Escritura esperamos que humillara a "nuestros" enemigos y que nosotros "los fieles" triunfaremos, seríamos puritanos o fariseos. Porque: "el día de Yahwe de los ejércitos vendrá sobre todo lo soberbio y altivo y sobre todo lo ensalzado, y sobre todos los cedros del Líbano altos y sublimes; sobre los alcornoques de Basan; sobre todos los montes altos y sobre todos los collados levantados; sobre torre alta y sobre todo muro fuerte; sobre todas las naves de Tarsis y sobre todas las pinturas preciosas".

"La altivez del hombre será abatida y la soberbia de

los hombres será humillada y sólo Yahwe será ensalzado aquel día."

"Aquel día arrojará el hombre sus ídolos de plata y sus ídolos de oro, que se hicieron para que fueran adorados, y se entrarán en las hendiduras de las rocas y en las cavernas de las peñas, por la presencia temible de Yahwe y por el resplandor de su majestad, cuando se levantara para herir a la tierra. Dejaos estar del hombre, cuyo hálito está en su nariz, pues ¿por qué tiene de ser él estimado?"

Oremos con el salmista: "Te alabaré Yahwe con todo mi corazón; cantaré tus maravillas; me alegraré y regocijaré en Ti; cantaré tu nombre altísimo porque mis enemigos han sido echados para atrás. Caerán y perecerán ante Ti porque ha hecho juicio de mi causa. Te has sentado en tu silla y has juzgado justicia. Has reprendido a las naciones y has destruido al perverso. Raíste el nombre de ellos para siempre jamás. ¡Oh enemigo! acabados son para siempre los asolamientos y las ciudades que elevaste; su memoria pereció con ellas; mas Yahwe permanecerá para siempre. Ha dispuesto su trono para juicio, y juzgará al mundo con justicia y a los pueblos con rectitud. Y será Yahwe refugio del pobre, refugio para el tiempo de angustia, y en Ti confiarán cuantos conocen tu Nombre, por cuanto no desamparaste a los que te buscaron. Cantad a Yahwe que habita en Sión. Dad a conocer a los pueblos sus obras: porque, demandando su sangre, no se olvidó del clamor de los pobres".

Hundiéronse las naciones en la fosa que hicieron; en la red que escondieron fue tomado su pie. Yahwe fue conocido por el juicio que hizo: el perverso fue enlazado en la obra de sus propias manos. Serán los malos trasladados al infierno, y todas las gentes que se olvidaron de Dios: porque no será para siempre olvidado el pobre, ni la esperanza de los pobres perecerá para siempre. Levántate ¡oh Yahwe!, no sea que prevalezca el hombre. Sean ante Ti juzgadas las naciones. Pon ¡oh Yahwe! temor en ellas: conozcan las naciones que no son más que hombres."

Para terminar esta confidencia alentémonos a la plegaria con la que roguemos a Dios que no tarde ya, que no calle por más tiempo.

En las profecías se habla del silencio de Dios, y estamos en este misterioso momento. Pero leemos en Isaías:

"Callé por largo tiempo; fui como sordo y me contuve. Como la que da a luz ahora grito y suspiro y respiro jadeante."

"Devastaré montañas y collados y secaré la lozanía de las plantas. En erial convertiré los ríos y dejaré en seco los estanques.

"Haré marchar los ciegos por un camino ignoto y les haré pisar senderos ignorados. Ante su faz haré de las tinieblas luz, de lo escarpado llano; todo cuanto Yo digo así lo cumpliré y no les dejaré." Que así sea, ¡Ven Señor Jesús!

UN MEMORABLE MODELO DE APOLOGISTAS CRISTIANOS

Entre los más insignes Apologistas de la Religión cristiana y de la Iglesia Católica, ha sido considerado siempre como uno de los principales el que se lleva indudablemente la palma entre los del siglo II, y es, para muchos, el Apologista por excelencia, San Justino.

Se le viene designando, desde Tertuliano (Adv. Valnt., c. 5), con los gloriosos renombres de Filósofo y Mártir.

Ya antes de su conversión a la fe cristiana, había cultivado con ardor el estudio de la filosofía, por su sincerísimo y entrañable amor a la verdad; y ya cristiano, no dejó el manto de filósofo; y en hecho de verdad fue uno de los más sobresalientes ingenios que buscaron una armonía entre el Cristianismo y la ciencia pagana. Y vino a ser un filósofo profundamente cristiano, penetrado íntimamente de que, con la fe del Hijo de Dios, Jesucristo, había entrado la Filosofía en una esfera nueva de la verdad, y tomado cumplida posesión de ella. El Cristianismo es para él la norma con que se han de

regular y contrapesar las máximas de la Filosofía. Según Justino, el Cristianismo es sencillamente y con plenitud lo verdadero; luego toda verdad es, de rechazo, cristiana (Apol. II, 13).

Pero además de egregio filósofo cristiano, es San Justino (y en esto consiste su principal mérito como escritor eclesiástico), uno de los más venerables y autorizados testigos de la Tradición Apostólica; y al mismo tiempo, un insigne *expositor* y *defensor* de esa misma Tradición, en consonancia con la Sagrada Escritura, en la que fue excelsamente versado.

Hoy es de singular actualidad hacer memoria de aquel sapientísimo varón, pues la cuestión de la Tradición se ha suscitado de nuevo, con ocasión del Concilio Vaticano II.

Recordemos primeramente lo que ha de servirnos, más que otra cosa, para que se nos muestre en toda su grandeza la figura luminosa de San Justino.

1.º La Sagrada Escritura, la Tradición y el Magisterio de la Iglesia

Después de la convocatoria del Concilio por el Papa Juan XXIII, de santa y amable memoria, suponían algunos, y aun lo daban por cosa segura, que el Concilio, a fin de no molestar a los hermanos separados, concretamente a los Protestantes en sus variadísimas sectas; y para atraérselos, en orden a la unión de todas las Iglesias, y de todos los cristianos; no trataría de una manera expresa acerca de la Tradición; y que quizá la silenciaría; y esto de tal manera, que dejando de hablar de ella, pues la niegan los Protestantes, pondría todo su empeño en enaltecer lo que éstos tienen por única Regla de fe, la Sagrada Escritura. Pensaban, pues, no pocos que el Concilio se dedicaría tan sólo a poner de relieve el valor de los Libros Sagrados, y a propugnar y recomendar su lectura y su estudio.

Pero los tales se equivocaron de medio a medio; pues el Concilio ha tratado en forma clarísima y muy de propósito, acerca de la Tradición; lo ha hecho en la admirable Constitución dogmática sobre la divina Revelación, "Verbum Dei"; y precisamente lo ha hecho en la forma que era más adecuada a las circunstancias actuales, y para favorecer la unión de las Iglesias; es decir, que manteniendo la verdad en la caridad, ha enseñado la doctrina verdadera sobre la Tradición, no en forma polémica, como de lucha contra los que la niegan; ni en forma condenatoria, con anatemas del error contrario; sino en forma expositiva, doctrinal; en plan de enseñanza serena, objetiva, fundamentada y decisiva.

No podía menos de hacerlo así el Concilio; pues era de todo punto necesario, al afirmar y declarar con toda

exactitud la auténtica doctrina de la Iglesia sobre la divina Revelación, tratar ex profeso y ampliamente sobre la trasmisión de ella por la Biblia y la Tradición, en consonancia con el Magisterio de la Iglesia.

Ha sido siempre el mejor sistema de enseñanza en cuestiones controvertidas, y lo es hoy más que nunca por la mentalidad de nuestra época, el de ahogar el error con la abundancia de la verdad; disipar las tinieblas, y aun las nieblas y neblinas, con el radiante esplendor de la luz.

Y ¡qué luz la que ha derramado el Concilio sobre estas cuestiones, tan vitales para la Iglesia de Cristo, para los cristianos todos, y para los hombres de buena voluntad!

Oigamos al Concilio.

Y oigámosle en su admirablemente elaborada Constitución "Dei verbum", que es Constitución dogmática sobre la divina Revelación, y en la que el Concilio, "siguiendo las huellas de los Concilios Tridentino y Vaticano I", quiso "proponer la doctrina auténtica sobre la Revelación y su transmisión, para que el universo mundo, escuchando el mensaje de la salvación, crea; creyendo, espere; y esperando, ame".

Y así, después de dedicar el capítulo 1.º a tratar de la Revelación misma, pasa a la transmisión de ella en el capítulo 2.º, en el cual comienza por establecer este principio:

"Dios quiso que lo que había revelado para salvación de todos los pueblos, se conservara íntegro, y fuera transmitido a todas las edades. Por eso, Cristo Nuestro Señor, plenitud de la revelación, mandó a los Apóstoles pre-

dicar a todo el mundo el Evangelio, como fuente de toda verdad salvadora y de toda norma de conducta, comunicándoles así los bienes divinos; el Evangelio prometido por los Profetas, que Él mismo cumplió y promulgó con su boca. Este mandato se cumplió fielmente, pues los Apóstoles con su predicación, sus ejemplos, sus instituciones, transmitieron de palabra lo que habían aprendido de las palabras y obras de Cristo, y lo que el Espíritu Santo les enseñó. Además, los mismos Apóstoles y otros de su generación pusieron por escrito el mensaje de la salvación, inspirados por el Espíritu Santo" (n. 7). Tenemos ya aquí el hecho histórico fundamental, por el que nos consta con toda certeza la doble manera de sernos transmitido el Evangelio: primeramente la oral; y después la escrita. Por lo que añade el Concilio:

"Para que este Evangelio se conservara siempre vivo y entero en la Iglesia, los Apóstoles nombraron como sucesores suyos a los Obispos, dejándoles su cargo en el espejo en que la Iglesia peregrina contempla a Dios, de quien todo lo recibe, hasta el día en que llegue a verlo cara a cara, como Él es" (n. 7).

A continuación enseña el Concilio muy de propósito la doctrina verdadera sobre la Sagrada Tradición (n. 8); añade diáfananamente en el n. 9, la mutua relación entre Tradición y Escritura; y habiendo advertido expresamente que la "Tradición es la que da a conocer a la Iglesia el canon de los Libros Sagrados, y hace que los comprenda cada vez mejor, y los mantenga siempre activos" (n. 8); nos enseña el enlace y trabazón íntima que hay entre Escritura, Tradición y Magisterio; lo cual termina en esta forma: "Así, pues, la Tradición, la Escritura y el Magisterio de la Iglesia, según el plan prudente de Dios, están unidos y ligados, de modo que ninguno puede subsistir sin los otros; los tres cada uno

según su carácter, y bajo la acción del único Espíritu Santo, contribuyen eficazmente a la salvación de las almas" (n. 10).

Ha sancionado el Concilio con estas enseñanzas, dadas en forma dogmática, y en virtud de su autoridad suprema; y ha ilustrado con síntesis maravillosa, lo que se venía enseñando en la Iglesia por los Santos Padres y Doctores de ella, y por los Teólogos Católicos. He aquí, en dos brevísimas proposiciones, el resumen de lo que siempre se ha enseñado en la Iglesia acerca de la Tradición: a) La divina Tradición de los Apóstoles es la fuente primaria de la Revelación de Dios; b) Y la Tradición, como fuente de la Revelación, precede y aventaja, por su antigüedad, plenitud y suficiencia, a la misma Sagrada Escritura.

Toda esta doctrina fue explicada, en toda su amplitud y profundidad, y de la manera más sabia y erudita, por el Doctor de la Iglesia, San Roberto Bellarmino, justamente llamado Doctor de la Tradición y del Sumo Pontificado.

Su obra monumental "Las controversias", cuyo primer volumen apareció en Ingolstadt el año 1586, fue recibida en todas partes como una defensa completa y científica de la Iglesia Católica, y como la más brillante exposición de las verdades controvertidas entonces, sobre todo las de la Tradición y del Magisterio de la Iglesia. Su éxito fue asombroso; en treinta años se editó veinte veces. San Francisco de Sales decía: he predicado durante muchos años con sólo la Biblia y el Bellarmino. Y el teólogo protestante Teodoro de Beza, exclamó al conocerla: éste es el libro que nos ha perdido.

Con esto, ya podemos pasar al segundo punto que nos habíamos propuesto.

2.º Ejemplo de San Justino como trasmisor y apologista de la Tradición

El gran Papa León XIII, atento con solícita vigilancia pastoral a las necesidades de los tiempos modernos, y a su eficaz remedio, quiso renovar la preclara memoria del gran Apologista del siglo II; lo presentó a la Iglesia y a todos sus hijos, seguramente que con intención muy marcada de reivindicar, con este altísimo ejemplo, el valor de la Tradición Apostólica, como fuente primaria de la divina Revelación, en unión con la Sagrada Escritura; y extendió a toda la Iglesia el culto del Santo Filósofo y Mártir, con Oficio y Misa propia, el 14 de abril, cada año.

En el Oficio nos dio el mismo Sumo Pontífice un precioso y aleccionador relato de la vida y de las obras que nos quedan de San Justino; y lo insertó en el Libro Litúrgico de la Oración de la Iglesia.

Es relato sobre manera hermoso y ejemplar. Helo aquí, completado con algunos otros datos, sacados de las obras mismas del Santo.

Justino fue de origen griego; y como él mismo dice, fue hijo de Prisco, y nació en Flavia Neápolis, ciudad de la Siria Palestina (Ap. I, 1). Flavia Neápolis fue fundada por Vespasiano, el año 72, como punto de apoyo para la acción guerrera contra el interior de la Judea, para sitiar y destruir a Jerusalén, y sobre el emplazamiento de la antigua Sicheim, a dos horas y media de Samaría. La ciudad existe hoy con el nombre de Naplusa.

Sus padres eran gentiles, y pasó su adolescencia en el estudio de todas las letras y ciencias que por aquel tiempo se cursaban. Llegado a la juventud, se sintió tan ardorosamente encendido en el amor de la verdad, y en el deseo de alcanzarla por el cultivo de la filosofía, que oyó a los mejores maestros de las diversas Escuelas filosóficas de su tiempo, y dio su nombre a todas ellas.

Trató con los estoicos, con los peripatéticos, con los pitagóricos; y profesó por largo tiempo las doctrinas de

los platónicos. En todas aquellas sectas buscaba ávidamente la verdad, mas en orden a una vida recta y ordenada; y por eso mismo, inquirió y trató de profundizar los preceptos de vida sabia y honrada de todas aquellas doctrinas, y procuró ajustarse a lo que en ellas veía de más acertado y conforme a la razón humana. Llegó a tanto su simpatía por la indagación filosófica, que por aquel tiempo solía decir que aquello era lo más grande que un hombre pudiera realizar (Diál. c. Triph., 3, 3).

La filosofía, pues, que comenzó por inspirarle un alto ideal moral de vida (jamás quiso saber nada con los epicúreos), fue la que le guió en su búsqueda de Dios, y le dejó en los umbrales de la fe cristiana.

Es que cuanto más se adentraba en las ideas y normas de aquellas Escuelas filosóficas, tanto más se iba convenciendo de que allí no había otra cosa que ciencia falaz, y que las mismas verdades estaban mezcladas con mil errores.

Y así fue que adoctrinado con celestial ilustración por un misterioso anciano, desconocido y venerable, abrazó resueltamente la verdadera filosofía de la fe cristiana. Desde entonces, teniendo día y noche en sus manos los Libros de la Sagrada Escritura, de tal manera por la asidua meditación de ellos se encendió en su alma recta el fuego divino, que añadiendo a la lectura de los Libros Sagrados la atentísima consideración de los monumentos de la Tradición cristiana, que, recibida de los Apóstoles, se profesaba en la Iglesia de Cristo, y utilizando aquella fuerza de erudición en que tanto sobresalía, alcanzó plenamente la ciencia de las ciencias, el conocimiento verdadero y completo de Jesucristo.

No consta que llegase a ser ni siquiera Presbítero; y se tiene por cosa segura que se mantuvo en el estado seglar; y (cosa de actualísimo ejemplo ahora, después de las enseñanzas del Vaticano II sobre el apostolado de los seglares), se sintió llamado por Dios al apostolado de las almas, con la palabra y con la pluma; y su ideal fue defender el Cristianismo como "la única filosofía, segura y provechosa" (ib., c. 8).

En Roma, donde vivió todo el resto de su vida, desde su conversión a la fe de Cristo, fundó un "Didascalium", o sea una Escuela superior de Ciencia cristiana, donde instruyó con gran fama de sabiduría a gran número de personas que se acercaron a él, movidos de su renombre de santidad y ciencia.

Establecer en el corazón mismo de la Urbe, a los ojos de los Emperadores Romanos, perseguidores acérrimos del Cristianismo, una Escuela de ciencia cristiana, no podía ser sino obra de una profunda fe, de un ardiente celo apostólico y de un indomable valor de perfecto seguidor de Cristo.

Con el apostolado de la palabra en la enseñanza de la verdad cristiana, juntó San Justino el de la pluma. Escribió muchos volúmenes para exponer la cristiana fe y para propagarla más y más. Empero por la injuria de los tiempos no conservamos la mayor parte de aquellos

escritos, que tan sólo se conocen por las citas y referencias de otros Escritores eclesiásticos.

Sin embargo, han llegado hasta nosotros, entre las preclarísimas obras del gran Apologista, su célebre Diálogo contra Trifón, y sus dos eminentes Apologías de la fe cristiana, las cuales, habiéndolas ofrecido en presencia del Senado Romano, a los Emperadores Antonino Pío y a sus hijos, y también a Marco Antonino Vero y Lucio Aurelio Cómodo, que vejaban durísimamente a los seguidores de Cristo, y habiendo propugnado valerosamente la misma fe en pública disputa, obtuvo que con un mitigado edicto imperial se atenuase algo la persecución de los Cristianos.

Pero a Justino no se le perdonó; pues acusado por las insidias de Crescente el cínico, cuya vida y costumbres nefandas había refutado, fue apresado por los satélites. Y llevado al presidente de Roma, por nombre Rústico, como éste le hubiese preguntado cuáles eran los preceptos de los Cristianos, hizo esta preclara profesión de fe ante muchos testigos: "El recto dogma que nosotros los Cristianos observamos con piedad es éste: que estamos convencidos de que hay un solo Dios, hacedor y creador de todas las cosas visibles y de las que no se ven con los ojos corporales; y confesamos con nuestra fe que el Señor Jesucristo es Hijo de Dios, pre-nunciado en tiempos antiguos por los Profetas, y que ha de venir de nuevo, como Juez del género humano".

Y como Justino había expuesto paladinamente en su primera Apología de qué manera se reunían los Cristianos para celebrar el sagrado Culto, y cuáles eran los Misterios de estas santas reuniones, lo cual había escrito para rebatir las calumnias de los gentiles; le preguntó el Presidente en qué lugar se reunía él con los demás fieles Cristianos de la Ciudad. Mas Justino, silenciando los sitios o casas de las reuniones, para no poner en peligro a los hermanos, tan sólo manifestó cuál era su propio domicilio, donde él solía habitar y donde cultivaba en la fe a sus discípulos, al lado del célebre título de Pastor, en la casa de Pudente.

En fin, el Presidente le dio opción para que o sacrificase a los dioses, o hubiese de sufrir ser atormentado por todo su cuerpo con crueles azotes. Y como el invicto defensor de la fe aseverase que siempre había tenido como su mayor deseo padecer torturas por el Señor Jesucristo, del cual esperaba recibir en el cielo una grande e inmortal recompensa, el Presidente pronunció contra él la sentencia capital. Y así, el admirable Filósofo, celebrando las alabanzas de Dios, después de ser inhumanamente azotado, derramando por Cristo su sangre, fue coronado con glorioso martirio. Unos piadosos fieles se llevaron su cuerpo, y lo sepultaron en un lugar digno.

Tenemos, pues, en San Justino, como en una sola pieza, un memorable modelo de Apologistas cristianos, un providencial testigo, expositor y defensor de la Tradición Apostólica, en unión de la Sagrada Escritura, bajo el Magisterio de la Iglesia, y, como base de todo, un admirable ejemplo de amor a la verdad, amor guiado

AL MEDIO SIGLO

1917, EN LA TEOLOGIA DE LA HISTORIA

(Continuación)

XV

ALEMANIA: EL IMPERIO ANTI-TEOLOGICO

AUSTRIA-HUNGRÍA: EL IMPERIO PATERNAL Y AMENAZADO

Aclaración previa

Vamos a pasar ahora al estudio de las tres Potencias que componían la "Triplíce" o Triple Alianza: Alemania, Austria-Hungría e Italia.

Por razones históricas, que son bien conocidas, y que, a través de nuestras líneas, el lector juzgará una vez más, estimamos imposible —al contrario de como lo hemos hecho con las demás— hacer estudio de Alemania y de Austria-Hungría por separado.

En primer lugar, por cuanto Austria es país alemán: es más, es el país más pura y netamente alemán de cuantos componen el mundo germánico. En segundo, por haber sido Austria, hasta 1866 la cabeza natural de aquel, y siguiendo siéndolo luego a lo menos moral y espiritualmente. En tercero, por cuanto, y por esta misma razón, la historia de Austria se confunde con la de Alemania y viceversa, no sólo hasta la fundación del Imperio Alemán y su separación definitiva de Austria en 1870-71, sino incluso después. Tan estrecha fue la alianza austro-alemana hasta 1914, que puede afirmarse que la política de ambas potencias siguió luego, mas que acorde, casi siempre unificada.

Corazón de Europa

Nada más fascinante, para nuestro gusto, que la historia de Alemania. Por cuanto es la misma que la de la propia Europa. De otra parte, no se halla a lo largo de la historia mundial en pueblo alguno —salvo el romano— una riqueza, una variedad, una complejidad humana y social semejantes. Cada gran pueblo tiene

sus destinos y su misión fijados por la Providencia. En cierto modo, y como ya hemos visto, Francia ha descollado en este aspecto al recibir —a la que no fue fiel— una misión espiritual y de "Soeur aînée" sin igual. Pero el pueblo alemán ha constituido, siquiera sea por su masa, así el cuerpo central, como el cuerpo cuantitativamente mayor de cuantos componen Europa. Por esto mismo, y durante largos años— en los que tampoco fue fiel, en parte por culpas propias, en parte por su constante atomización debida a múltiples causas— la Providencia designaba a Alemania como base imperial unitiva de Europa: el Sacro Romano Imperio Germánico.

En realidad, si queremos hablar de Alemania y de Austria-Hungría, no sabemos en qué fecha empezar. Tentados estaríamos de hacerlo a partir de la propia invasión de los Bárbaros, o de la disgregación del Imperio de Carlomagno. Ello nos llevaría a abusar del lector.

Imposible, sin embargo, hablar de Alemania y de sus orígenes— igual que de Europa entera, y aun de la Humanidad toda— sin referirse a aquel Sacro Imperio Romano Germánico, sucesor del carolingio y de la vieja idea romano-imperial-ecuménica, y evidentemente designado por la Providencia— de haber permanecido fiel— a constituir la Monarquía universal. Bien sabido es que, según la cristiana mentalidad filosófico-social de la Edad Media, la Sociedad humana debía ser regida por los dos Astros— en otra acepción llamados asimismo "Las dos Espadas"—, los dos Poderes. El Superior, simbolizado por el Sol, o sea el espiritual: el Papado. Supeditado e inspirado por éste, bien que autónomo, el temporal, simbolizado por la Luna: el Emperador.

(Viene de la página anterior)

y sublimado por la gracia sobrenatural. Al mismo tiempo, y para nuestra época sobre todo, un esclarecido dechado del apostolado seglar.

Queda patente el ejemplo, el cual nos lo propone la Iglesia no solamente para que lo admiremos, sino también para que lo imitemos. Y la imitación nuestra del insigne Apologista sea la que ahora se impone como

fruto de la doctrina del Concilio Vaticano II sobre la divina Revelación; a saber: mantener firme nuestra fiel adhesión a la palabra de Dios, tanto la escrita como la transmitida por la Tradición; y procurar penetrar en ella asiduamente por la lectura, la audición y el estudio, siempre a la luz indeficiente del Magisterio de la Iglesia.

ROBERTO CAYUELA, S. J.

El pensamiento imperial

Este pensamiento es el que, bien o mal, domina y determina la Sociedad europea imperial, que se inicia con Enrique I y se consagra en 936 con Otón I el Grande, primer Emperador Romano-Germánico propiamente dicho, y que, en una forma u otra, perdura hasta 1806 en que queda, y oficialmente — de hecho llevaba ya más de un siglo agonizando — deshecho por Napoleón. Es casi un milenio, de esfuerzo en pro de una Monarquía universal cristiana, siempre, empero, aquejada y casi anulada por los siguientes profundos males propios o enemigos de fuera: 1.º Los propios orgullosos Emperadores, sobre todo los Enriques y los Federicos (hasta la feliz llegada y hegemonía secular de los Habsburgo) eternamente rebeldes contra el Papa. 2.º La ambición de Príncipes y Magnates de todo orden en aquella multitud de Estados, y no sólo los mayores, sino los menores. 3.º La constante agresión e inmisión de Francia, tramando tan a menudo la disgregación del Imperio por ambición propia, jugando a enfrentar unos Príncipes germánicos contra otros. 4.º La disgregación provocada por el Renacimiento y la Reforma protestante, al socavar todo principio de autoridad con gérmenes de verdadera anarquía.

Avatares del Imperio

El Imperio, sin embargo, llegó a tener sus siglos de esplendor y estabilidad, sobre todo bajo los austríacos Habsburgos, y llegando quizás a la cumbre con Maximiliano. Es el Imperio, por lo menos teórica y oficialmente hablando, cuyo alto Monarca es cada vez — a despecho de ser hecho como hereditario — nombrado por los Siete Grandes Electores, que representan no sólo el mundo germánico, sino el corazón de Europa (Brandenburgo, el Palatino (Baviera), Sajonia, Bohemia (país eslavo, pero arraigado dentro del mundo germánico), y los Arzobispos de Maguncia, Treveris y Colonia), verdaderos sub-monarcas de una Institución política en cascada y en escala de valores, formando un conjunto de estados, ducados, condados, etc., totalmente armónico y vital.

Carlos V ya hubo — debiendo abandonar sus soñadas cruzadas contra los infieles — de dejar mejores hazañas que su genio hubiera realizado, para defenderse él, y a los demás, contra la subversión herética de la Reforma. El primer gran golpe contra la unidad imperial lo da ya la llamada Paz o Confesión de Augsburgo, que por vez primera proclama la libertad de cada Príncipe para imponer las opiniones religiosas que le agraden (“cujus regio, ejus religio”). Es, de hecho, junto al ataque al Papado, la disgregación de la unidad europea hasta entonces tan felizmente alcanzada, y que había de consumarse tras la Guerra de los XXX Años, en la anticristiana y antisocial Paz de Westfalia, 1648. Tras la misma, Alemania ya queda fragmentada en varios Esta-

dos mayores y una constelación de pequeños. En adelante, los primeros — Prusia, Baviera, Sajonia, Hannover, etc. — ya sólo platónicamente habían de reconocer la autoridad de un Emperador honorífico y nominal que, casi como de burla, había de seguir, renqueante, siglo y medio aún vinculado a Viena, a la casa austríaca de los Habsburgo. Y los segundos — los Estados menores —, habían de verse, pronto, como ovejas sin pastor, y pasto de la voracidad de los grandes, especialmente de Prusia.

Toda la labor agresiva de Luis XIV va asimismo dirigida contra la Casa de Austria, deseosa de consumir su ruina. Para ello Francia no duda en aliarse con herejes, protestantes e incluso con el Turco, todo por la mejor grandeza de la Patria gala: aun cuando sea poniendo en peligro a la Europa y la Civilización toda. Y el resultado de tal labor (que Francia debía pagar muy cara luego, y justamente, en 1870, y en 1914 y en 1940) contra la pacífica Austria, era fomentar el engrandecimiento de Prusia, del segundo Estado alemán, eternamente ambicioso y rencoroso contra el solar de los Habsburgo, a los que no se resignaba, siquiera nominalmente, a reconocer como legítimos Emperadores y a quienes soñaba suplantar. Y el Imperio ardía siempre en luchas interiores de unos Estados contra otros, atizados por la ambición propia y por Francia.

Con Federico el Grande, Prusia ya no sólo se independiza de hecho y casi de derecho — pues ya está calificada como “una de las 5 grandes potencias europeas, y una de las 3 Cortes del Norte” — y se constituye en la segunda cabeza del mundo germánico, en espera de ser pronto la primera. Arrebata a Austria — aún y bajo la ficción imperial — la Silesia, y comienza la absorción, uno a uno, de la constelación de pequeños estadios que la circundan, en su marcha hacia el Rhin.

La Revolución francesa, y luego Napoleón, que en realidad la consume, apuntillan por fin, y oficialmente, al Imperio. En 1806, tras la paz de Presburgo (1805), Francisco II, vencido, renuncia al título de Emperador Romano-Germánico. La milenaria institución imperial queda, por tanto, disuelta: en cierto modo, bimilenaria, pues que era, asimismo, sucesora de los Césares romanos. En su lugar adopta el número ordinal de Francisco I, y se proclama — consolándose con él — tan sólo Emperador de Austria.

El Imperio alemán y el Imperio austríaco

El lector bien conoce, mejor que nosotros, el por qué y el cómo de esta decisión, y cómo corresponde a una de las circunstancias históricas que más debía contribuir a aumentar, si podía haber aún, la complejidad de la historia de Alemania. Y justificar, por tanto, la necesidad en que nos vemos, de estudiarla conjunta e indivisible con la de Austria-Hungría. Desde hacía igualmente muchos siglos, la casa austríaca de Habsburgo, tenía una doble función, una doble autoridad, incluso,

podríamos decir, un doble Imperio. (Y no hablemos de antes, durante los siglos XVI y XVII, en que fue gloriosamente triple, ya que, por circunstancias también hereditarias, los Habsburgo regían a España, llegando ellos, con nosotros — faustas memorias — al ápice, al cénit de la gloria. Mas no nos resta aquí espacio para extendernos más sobre este aspecto, bien conocido y gustado, de otra parte, de todos los españoles.)

Aparte de ser, a la vez por elección y por herencia, cabeza del Sacro Imperio, o sea, de hecho, cabeza de la Alemania Imperial o mundo germánico si se prefiere (comencémosle a llamar, en algún modo, federativo), lo era de los extensos dominios hereditarios suyos, los cuales regía con independencia completa de lo que fue Imperio y luego inicio de Confederación germánica. Tales dominios eran, repetimos, inmensos. Ello viene simbolizado en la doble cabeza de águila que campea en los escudos austríacos. Porque los Habsburgo, abstracción del mundo alemán, por derecho y propiedad propias, y naturalmente con administración totalmente aparte (además de Emperadores germánicos), eran Reyes de Hungría, poseían grandes extensiones de Polonia, de la Transilvania, de la Croacia, de la Eslavonia, la Iliria y parte notable e ilustre de Italia: nada menos que la Lombardía, y aun cuando relativamente durante menos tiempo, la Venecia. Aparte de tener, de hecho, enfeudados bajo su influencia, la Toscana y otros estados menores hasta lindar con los de la Iglesia (Estados Pontificios).

La administración vienesa, por tanto, como las águilas de su escudo, oteaba hacia Norte y Occidente el Imperio que más o menos oficialmente regía; hacia Oriente y Sur los Estados propios, realmente sojuzgados, aun cuando siempre paternalmente (honor que hay que tributar a la eximia Casa de Habsburgo, que muy pocas otras Dinastías pueden atribuirse con justicia), Estados que, desde luego, no eran germánicos, no de raza alemana. Este dualismo, en tantas épocas fertilísimo y bienhechor, debido a las virtudes de los austríacos, no dejaba, sin embargo, en honor a la verdad, de acarrear graves complejidades, que se adivinan fácilmente cuando vemos que hacen difícil de comprender la Historia, a la cual complican. Comprensión bien ardua para quienes olvidan todas estas circunstancias.

Por dicha razón, al destrozarse Napoleón, sucesor y heredero de la Reforma y de la Revolución, y aun de los orgullos de Luis XIV, al Imperio, Francisco II se consuela: es aún bastante rico para cambiar su nombre por Francisco I y limitarse a imperar sobre sus dominios hereditarios no germánicos, aparte el Austria propiamente estricta. Aun y así, esta pequeña Austria, subsiste como cabeza de un Imperio todavía el segundo en extensión de Europa. Y aún la sombra de los Césares cubre, en alguna forma, Viena y Schoenbrunn, y el soldado de fortuna, el gran Corso, mendiga a su manera la mano de María Luisa, en definitiva nieta de los Augustos,

si quiere llegar a tener un hijo a quien poder atribuir, de alguna manera, el usurpado título de "Rey de Roma".

Del Imperio a la Confederación germánica

Tenemos pues, aquí, explicada la situación a la caída del que fue Capitán del Siglo: cuando Europa se reconstituye en el Congreso de Viena. Alemania ya no es el Sacro Imperio. Es, simplemente, una "Confederación", completamente nominal y teórica, dentro de la cual se disputan la hegemonía Austria (apoyada en su prestigio, en su pasado, en su tradición paternalista) y Prusia, apoyada en su tradición de violencia. Dentro de la Confederación, los demás Estados, aun los mayores, Baviera, Sajonia, Württemberg, Hannover, poco más que comparsas, apenas si tienen conciencia de sí mismos, siguiendo siempre políticas forzosamente débiles y desorientadas. Y las cosas se complican más aún. Austria, que naturalmente sigue teniendo una significación, aun cuando decadente, de cabeza más o menos moral y real del mundo germánico, es, a la vez, un Imperio no germánico, cuyas 9/10 partes de territorio no está poblado por alemanes. Y hay una verdadera frontera dentro de este Imperio austríaco: todo el resto de este territorio, todas estas 9/10 partes, son, política y administrativamente un mundo aparte, poblado por húngaros, italianos, rumanos y, sobre todo, eslavos. Imposible nada más paradójico y complicado: dentro del Imperio austríaco, las provincias austríacas (precisamente las hegemónicas), por el hecho de ser alemanas, pertenecen, actuaban y aun influían primordialmente dentro de la Confederación; en tanto que todas las demás provincias eran totalmente ajenas a ella.

Renacimiento nacional de Alemania

En el interín, en el comienzo del siglo XIX, tras Napoleón y el Congreso de Viena, conducidos por el mismo Romanticismo — que, aun cuando reacción contra el racionalismo y el materialismo del siglo XVIII no era, por ello, menos consecuencia de la Revolución —, surge todo un movimiento espiritual, intelectual, sentimental de tipo patriótico-nacional a la moderna usanza, como ya era de prever, en la amplia Alemania, hijo e inspiración de Goethe, de Schiller, de los filósofos y, más tarde, de los científicos, y que se había enardecido y consagrado con las recientes heroicas luchas de la liberación prusiana bajo los Scharnost, Gneisenau y Blucher, legado, a su vez, del abuelo Federico el Grande.

En una Alemania — además de su civilización, de su cultura, en muchos aspectos la primera de Europa en arte, en ciencia, en música — que había ya perdido el sentido universalista de su viejo Imperio, había de suceder así. El ejemplo de otros pueblos — notablemente Francia y la Gran Bretaña — secularmente fundidos en una Nación unitaria, no podía menos que invitar — co-

mo sucedió asimismo en Italia, también dividida en multitud de Estados, muchos de ellos vasallos de fuera — a establecerla también. En algunos aspectos políticos, bien legítimos sin duda: ¿Debía Alemania siempre hallarse dividida en más de 50 Estados (entre mayores y menores), en perpetua lucha unos con otros, juguetes en general de las intromisiones, ambiciones y maquinaciones de Francia especialmente? Era de prever que surgiría, y en efecto surgió, un movimiento nacionalista incontenible. Y su primera expresión fue el establecimiento de un "Zollverein", una unión aduanera intergermánica que preludiva, en el reino de lo material y de lo económico, el movimiento fusionista que se iniciaba.

Y este movimiento unificador había de buscar en Alemania — como sucedió en Italia con el Piamonte — un Estado suficientemente violento para capitanear esta fusión. Tal Estado sólo podía ser Prusia. Austria — hay que reconocerlo, excesivamente estática — perfectamente personificada en la política ultra-conservadora de Metternich, dejaba y deseaba una Alemania reducida (como Italia), a poder ser, a ser una "mera expresión geográfica", manteniéndola atomizada en Estados que sabía de antemano habían, en el fondo — excepto Prusia — de venerarla como madre o hermana mayor, siempre acomodaticia y respetuosa de sus respectivas autonomías. Por lo menos, si no el pueblo (que sentía ya el acicate del ideal nacionalista alemán), los múltiples príncipes, naturalmente conservadores y enemigos de toda democracia. Y que, además, en todo futuro cambio, adivinaban y temían la sustitución de la hegemonía paternalista de Viena, por la violencia de Berlín.

Paradojas y contradicciones.

Un gran círculo vicioso

Este movimiento, como vemos, que naturalmente andaba mezclado con ideas democráticas y revolucionarias,

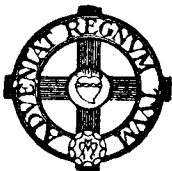
echaba a los múltiples Príncipes hacia la política reaccionaria (en verdad, excesiva) de Metternich, muy hábil, pero condenada a la larga al fracaso, ya que no es posible, tampoco, oponerse a un amplio ideal alimentado por los pueblos. Pero lo más notable del caso, es que este movimiento atemorizaba asimismo, y vivamente, a los propios Reyes y Corte de Prusia (de otra parte, como buenos protestantes, los más déspotas y anti-demofílicos). El pueblo alemán quería ofrecer al Rey de Prusia una corona de Emperador liberal expulsando a Austria, pero el beneficiario, el citado Rey, era quien temía — y tampoco sin motivo — recibir tal regalo y tal investidura de manos de la Revolución.

Los Reyes de Prusia hubieran aceptado, con gusto, una corona imperial (despojando a la casa de Austria), de manos de los cincuenta Príncipes alemanes; pero les daba terror recibirla del pueblo. Y los Príncipes alemanes conocían sobradamente el orgullo y la vesanía de Prusia para abdicar en ella sus coronas.

Por dicha razón, la Revolución o Movimiento subersivo de 1848 (que tuvo lugar al propio tiempo, en toda Europa), bien que circunstancialmente sofocado gracias a la omnipotente intervención de los cosacos del Zar (especialmente en Hungría, donde el ruso salvó al Imperio austríaco de una segura disgregación), no prosperó, ya que la unificación alemana topaba siempre con este problema: sólo Prusia podía hacerla. Y el pueblo lo quería, pero los Príncipes no. Y la propia Prusia no se atrevía, ya que sus despóticos Reyes gustaban de los revolucionarios, pero fuera de su casa. En su casa era muy distinto.

La unificación de Alemania se hallaba ante este círculo vicioso: una especie de cuadratura del círculo. Creemos recordar que el propio Donoso Cortés la había juzgado imposible. Pero es que este genio no contaba pudiese surgir otro genio capaz de cortar el nudo gordiano: Bismarck.

LUIS CREUS VIDAL



Intenciones del APOSTOLADO DE LA ORACION

Marzo 1969

GENERAL. — Que las innovaciones que el Concilio Vaticano II pide se hagan de modo que a los fieles se les lleve a un conocimiento y amor más perfecto de Cristo y la Iglesia.

MISIONAL. — Por la fecunda evolución del apostolado laical en las misiones.

HACE 50 AÑOS ESPAÑA SE CONSAGRO AL CORAZON DE JESUS

El día 30 del próximo mes de mayo se cumplen cincuenta años de la consagración de España al Sagrado Corazón de Jesús.

Ante un mundo materialista, liberal y racionalista, y en circunstancias muy difíciles para España, el Jefe del Estado, Su Majestad el Rey Don Alfonso XIII, acompañado del Gobierno de la Nación y en presencia del Nuncio Apostólico en España y de la Jerarquía eclesiástica española, realizó este acto que el insigne historiador eclesiástico P. García Villada calificó como “el hecho más trascendental de la historia religiosa contemporánea de nuestra Patria”.

Además del valor intrínseco que tiene la consagración de España al Corazón de Jesús, al tratar de medir la importancia de este acto también cuenta la opinión de los que a sí mismos se consideraban enemigos de la Iglesia. Éstos, entre otras cosas, dijeron que era “un reto para el liberalismo”, “una vergüenza para España”, “un escándalo para Europa”, “dogmáticamente una herejía y estéticamente una aberración”. De uno de ellos es la frase siguiente: “La locura ha hecho presa en la cabeza de nuestros gobernantes”.

La profanación del Monumento del Cerro de los Ángeles en el año 1936 es otra prueba de la importancia del acto realizado por el Rey, de su hondo significado religioso, y del simbolismo de la catolicidad de España que tiene el Monumento Nacional al Sagrado Corazón de Jesús ante el cual se hizo la consagración.

Consagración y profanación, en este caso, son dos actos íntimamente relacionados entre sí: la consagración fue la respuesta pública del Jefe del Estado a la invitación de ingresar en la masonería, y la profanación fue la réplica pública y quizás el cumplimiento de un propósito hecho el mismo día de la consagración. El Cardenal Gomá, Primado de España, calificó la profanación de “sacrilegio sintético de nuestra Cruzada de liberación nacional”, acaso porque para quienes la cometieron, fusilar la imagen del Corazón de Jesús y volar con dinamita su Monumento, era — al mismo tiempo que una ofensa a Cristo — un signo externo de sus propósitos de matar realmente a Dios en la nación, en sus instituciones y en las almas de los españoles.

Para desagrar al Sagrado Corazón de Jesús por la ofensa de la profanación, España subió en dos ocasiones al Cerro de los Ángeles, presidida por sus autoridades eclesiásticas y civiles: el día 30 de mayo de 1944 (XXV aniversario de la consagración) y el día 25 de junio de 1965 (inauguración del nuevo Monumento). Por la misma razón que en esas dos fechas, aunque el motivo sea distinto, el día 30 de mayo de 1969 España se congregará de nuevo en torno al Monumento Nacional al Sagrado Corazón de Jesús en el Cerro de los Ángeles, para conmemorar y ratificar la consagración hecha en la misma fecha el año 1919.

AÑO NACIONAL DEL CORAZON DE JESUS

¿QUE HACEMOS CON LAS IMAGENES DE NUESTROS TEMPLOS?

III

1. — Mientras los Protestantes extendían sus falsas ideas y su rebeldía contra Roma por muchos países del Norte de Europa, la Iglesia Católica se afanaba para realizar su verdadera Reforma, afianzándose íntegramente en la doctrina tradicional de los siglos pasados: de los Concilios, de los Santos Padres y del Magisterio Eclesiástico. Al mismo tiempo procuraba, con vigor, la reforma de las costumbres en el Clero y en el pueblo cristiano.

Esta fue la labor del gran Concilio Tridentino, acaso el más importante de la historia de la Iglesia. El Concilio a través de innumerables dificultades, realizó en dieciocho años su obra magnífica; las tres etapas del Concilio, que se sucedieron, duraron desde el año de 1445 hasta el 1563, y ocuparon los Pontificados de Paulo III, Julio III, Marcelo II, Paulo IV y Pío IV.

En la Sesión XXV, última del Concilio, 4 de diciembre de 1563, se promulgó, entre otros Decretos de Reforma, el correspondiente al culto de las Sagradas Imágenes, que había sido combatido por todas las sectas o confesiones Protestantes.

El Decreto Tridentino, sobre las imágenes está, por decirlo así, calcado sobre el Decreto del Concilio II de Nicea.

Dice el Concilio de Trento, con la aprobación del Papa Pío IV, las siguientes cosas:

1) Que las imágenes de Cristo, de la B. V. María y de los Santos se deben tener y conservar en los templos cristianos. 2) Que se les debe dar el debido culto y honor, conforme a lo determinado por el II Concilio de Nicea. 3) Que este culto no ha de ser de latría o verdadera y absoluta adoración, como si en esas imágenes hubiese algo de divinidad o poder, en el que se hubiese de poner alguna confianza, como solían hacerlo los gentiles con sus ídolos; sino que se les ha de dar un culto relativo, que se refiere a las personas o prototipos que esas imágenes representan: sea Cristo Redentor, la Virgen María o los Santos.

Añade el Concilio una exhortación a los Obispos para que procuren enseñar al pueblo cristiano, por medio de esas imágenes, y de las pinturas o representaciones de los Misterios de la Redención, las verdades de la fe, los beneficios recibidos de Dios y de Cristo y los ejemplos y virtudes de los Santos, para excitar así a los fieles a la práctica de las virtudes cristianas, a la adoración y al amor de Dios.

Por fin, encarga el Concilio que se instruya al pueblo cristiano sobre el verdadero sentido de esas imágenes y

representaciones, de modo que las gentes sencillas no sean inducidas al error.

2. — Es muy de notar que, a partir del Concilio de Trento y sin duda por su influencia, hubo un espléndido florecimiento de la imaginería y de la pintura religiosa en varias naciones católicas y especialmente en nuestra Patria. Los nombres de Berruguete, Gregorio Hernández, Martínez Montañés, Juní, la Roldana en escultura, y las del Greco, Moro, Herrera, Rivera, Valdés Leal, Zurbarán y especialmente Murillo y cien más, acreditan esta verdad.

Terminado ya el Concilio de Trento, promulgó Pío IX la Bula "Iniunctum nobis" el 13 de noviembre de 1564. En ella propuso la "Profesión de Fe Tridentina"; es decir, conforme a las doctrinas y a los decretos del Concilio Tridentino.

Entre los demás artículos, recogió también lo referente a las Imágenes Sagradas, conforme al decreto Tridentino. Es de este tenor:

"Firmemente creo que las imágenes de Cristo, de la Virgen Madre de Dios, y de los demás santos se deben tener y conservar, y tributarles el culto y la veneración debidos."

En 1575, durante el glorioso pontificado de Gregorio XIII, uno de los insignes Papas de la Reforma Católica, se trató de la unión con las Iglesias o Patriarcados Grego-Rúsicos; para la agregación de sus miembros a la Iglesia Católica se les propuso una profesión de fe. En ella se contiene y repite la misma profesión de fe tridentina, con el artículo arriba citado sobre las Santas Imágenes.

3. — A mediados del siglo XVIII, Benedicto XIV (Próspero Lambertini) promulgó la Constitución: "Nuper ad nos" (16-III-1743), para la unión de los Orientales Maronistas a la Iglesia Católica. En la Profesión de Fe, que se les propone, entre los demás artículos, se encuentra el referente al culto de las Imágenes, tal como los Concilios Niceno II y Tridentino lo propusieron a la fe de la Iglesia Católica.

A fines del siglo XVIII, en vísperas ya de la Revolución Francesa (1786), por sugerencias de Leopoldo II de Toscana, se reunió en Pistoya, norte de Italia, el Sínodo que lleva ese nombre. En este Sínodo predominaron las ideas galicanas, febrobianas y jansenistas. Se combatió especialmente la Supremacía Pontificia, las Órdenes Religiosas, las Indulgencias y la devoción al Corazón de Jesús.

Para atajar el mal, el Papa Pío IV publicó la Cons-

titución Apostólica: "Auctorem Fidei" (28-8-1794). Entre los errores del Sínodo de Pistoya, condenados por Pío VI hay algunos relativos al culto de las Imágenes. Se renueva la Constitución de Benedicto XIV que defiende y alaba el culto de las imágenes especialmente de la Santísima Trinidad.

Aprueba Pío VI el que se tenga particular devoción a algunas imágenes especiales, condenando la sentencia contraria del Sínodo de Pistoya, como temeraria, pernicioso y ajena a las tradiciones de la Iglesia Católica.

Así mismo prueba el que las imágenes de la B. V. María puedan venerarse con diversos títulos y advocaciones, según la piedad de los fieles y las concesiones de la Santa Iglesia, y condena la sentencia contraria como temeraria, injuriosa para la veneración debida a la Santísima Virgen, y escandalosa para el pueblo fiel.

Permite el que se conserven algunas imágenes de especial veneración, cubiertas con un velo, para exponerlas sólo en ciertos días dedicados al Culto de las personas sagradas o prototipos que representan. Condena finalmente la sentencia contraria del Sínodo de Pistoya.

4. — Finalmente el *Derecho Canónico*, actualmente vigente en la Iglesia (1968) recoge todas estas doctrinas transmitidas por la Tradición y el Magisterio de la Iglesia Católica, sobre el culto de las Sagradas Imágenes, y las compendia en los cánones 1.255-2.º, y 1.276 y 1.279 diciéndonos:

1) Que a las imágenes se las debe una veneración y culto que se refiere a las personas que ellas representan. 2) Que es bueno y útil invocar a los santos y venerar sus imágenes. 3) Que las Imágenes deben ser aprobadas por el Obispo, el que sólo aprobará las que sean conformes con la tradición de la Iglesia. 4) Que su bendición solemne requiere la autorización episcopal. 5) Que las imágenes preciosas por su antigüedad y veneración, o por su arte, no se pueden restaurar sin autorización escrita del Prelado.

La *práctica* de la Iglesia ratifica, en su *Liturgia* las prescripciones del Derecho. Por eso establece un rito especial para la bendición o sacralización de las Imágenes.

En la oración que lo completa se detalla la fe de la Iglesia, según aquel antiguo aforismo: la ley de la creencia es la misma que la ley de la oración.

Dice así la Iglesia: ¡Oh Dios! que no repruebas el que las imágenes de los Santos sean esculpidas o pintadas, para que cuantas veces las contemplamos con los ojos del cuerpo, tantas recordemos la santidad y los méritos de aquellos: Te rogamos que te dignes bendecir y santificar esta imagen formada en honor de: (N.S. Jesucristo, o de la Virgen María, o del Santo N.) para que al llevarla piadosamente o hacer oración ante ella recibamos su auxilio temporal y su protección espiritual en nuestras almas.

5. — Teniendo en cuenta todas las prescripciones de la Santa Iglesia, ya es fácil exponer un criterio objetivo y prudente sobre el culto de las Sagradas Imágenes.

1) Este culto es antiquísimo y data de los primeros siglos de la Iglesia y de la Era de los Mártires y de las Catacumbas.

2) La existencia y veneración de las Imágenes en los templos ha sido combatida por casi todas las herejías que surgieran en la Iglesia, desgarrando su unidad. Especialmente las combatieron: los Iconoclastas en los siglos VIII y IX, en Oriente. En Occidente, los Wicleffitas y Hussitas, en los siglos XIV y XV; los Protestantes, de todas las confesiones, en los siglos XVI y XVII; y posteriormente los revolucionarios de la Revolución Francesa y de la "Commune", en los siglos XVIII y XIX, y los de las revoluciones españolas de los siglos XIX y XX.

3) En cambio, la Iglesia católica defendió siempre el culto relativo debido a las Sagradas Imágenes.

Así lo hizo en los Concilios de Nicea II, Constanza, Trento y Vaticano II, y en el Sínodo de Constantinopla, aprobado por el Papa Gregorio IV. En los documentos del Magisterio Eclesiástico: Decretos de los Papas y Profesiones de Fe propuestas por ellos; especialmente por Gregorio II y III, Pascual I, Martín V, Pío IV, Gregorio XIII, Benedicto XIV, Pío VI, San Pío X y Benedicto XV, en el Derecho Canónico y en la Liturgia de la Iglesia.

4) Consiguientemente se debe conservar ese culto, y no es señal de ortodoxia segura, ni de fidelidad a las doctrinas de la Iglesia, el prescindir, retirar o destruir sistemáticamente las imágenes en los templos del culto católico.

5) En cuanto a la cualidad, número y demás circunstancias de las Imágenes, se han de seguir las ordenaciones de la Iglesia. Es decir: que no se pongan en número *excesivo*, sino *moderado*; que en lo posible, según las circunstancias y disponibilidades de los templos, sean dignas y artísticas, de modo que muevan a los fieles a la veneración de las personas que representan; que no se exhiban imágenes extrañas, raras y estrambóticas; que más bien escandalicen a los fieles, que les edifiquen.

Así mismo, que se respeten las tradiciones y piadosas devociones de los fieles, y que se les instruya prudentemente sobre el culto de las Sagradas Imágenes. Que en el caso de que se crea necesario hacer alguna innovación, no se tomen resoluciones precipitadas, sino con maduro consejo, y siempre con la debida licencia del Prelado Diocesano.

Creemos haber respondido a las dudas de algunos buenos sacerdotes, dentro de la prudencia y de la ortodoxia cristiana.

Quiera Dios que se calme del todo la furia iconoclasta que, con tanto escándalo de los fieles, ha agitado a algunas regiones cristianas.

EN L'ACTUAL COMMEMORACIO DE LA INSIGNE POETESSA MALLORQUINA MARIA ANTONIA SALVA*

* Nacida en Palma, pasó a
vivir y murió en Lluçmajor, en
cuyo distrito su familia poseía
un predio — llanura de sem-
bradío hacia el mar, con parte
salvática o marina —. Figura
en la galería de Hijos Ilustres
de la Ciudad; también su vi-
lla de residencia la declaró
Hija adoptiva y levantó en su
honor un magnífico monumen-
to rematado por la figura de
una aldeanita en bronce, con
un manojo de espigas de trigo:
“L'espigolera”. La conmemo-
ración de su nacimiento cons-
tará de diversos actos, bajo los
auspicios de las máximas auto-
ridades de la Provincia, du-
rante el presente año.

Mallorca viva s'es exultada
de ta naixensa pel centenar,
i veim com nimba llum d'estelada,
oh benamada
Maria-Antonia, ton nom preclar.

De ciutat filla, te vols pagesa.
Gest senyorívol en viure llis,
molt t'abellia la plana estesa
captant, sorpresa,
de tota cosa l'humil encís.

De la teva obra sempre perenne
en flueix nèctar del millor gust,
i ta memòria segueix indemne
— un cant alsem-ne —
malgrat els canvis del temps injust.

Mil pics benhaja la Poesia
que així polires amb tos dits d'or;
benhaja el numen que te regia:
art i harmonia;
puresa i gràcia en seny i cor.

Com de marina llucmajoresa
vulgars floretes duites pel vent,
caiguen mos versos — dolça quimera! —
a la vorera
del llac on s'alsa ton monument:
“L'espigolera”.

B. GUASP, PR.

EL INTELLECTUAL CATOLICO ANTE LA CRISIS DEL ATEISMO MODERNO

I

1. El ateísmo moderno

Se acostumbra situar el comienzo de la Edad Moderna alrededor de 1500 y se considera como su característica prevalectante ser una época antropocéntrica, en contraste con la Edad Media como teocéntrica.

El hombre como centro de la creación.

Este principio al desenvolverse y afianzarse tenía que transformar, cada vez más, a Dios y los mandamientos de la religión en algo periférico. Finalmente, en el siglo XVIII, se consideró al hombre como la medida de todas las cosas, y, con ello, se llegó inevitablemente al ateísmo.

No era la primera época de ateísmo que conocía la humanidad, pero era la que se centró más exclusivamente en la razón humana. Se definió al hombre como un ser perfectamente razonable—de una manera completamente gratuita, sin aducir ni buscar ninguna prueba científica para justificar esta aserción—. La razón humana era soberana, la fuente única de la verdad y de la moral, y, de ello nació la exigencia de la absoluta libertad del individuo.

Desde 1750, este principio se expandió por el Occidente, introduciéndose en todos los campos de la vida humana, mediante las diferentes formas de liberalismo (liberalismo filosófico, político, económico). Esta nueva fe quedó ilustrada por un suceso ocurrido durante la Revolución francesa: se vistió a una joven actriz de vestimenta griega, se la llevó en procesión a través de París y se la entronizó como “Diosa de la Razón” en el Panthéon.

Después de 1800, además de la razón humana, se valoró cada vez más alto la inteligencia. La ciencia se estableció como autoridad suprema, pero no la ciencia en el sentido amplio, sino la ciencia experimental: los razonamientos lógicos basados y controlados por experimentos—experimentos de laboratorio. Puesto que en los laboratorios, los aparatos no son capaces de verificar y medir más que dos cosas: la materia y la energía, pronto se consideró como lo único real, como lo único que existía y podía existir la materia, la energía, y, sus fenómenos.

Así se llegó al “ateísmo científico”, sinónimo de ateísmo materialista.

Tanto el ateísmo basado en la soberanía de la razón humana, como el ateísmo basado en la ciencia y comprobado por experimentos de laboratorio, se hallaron en su apogeo alrededor de 1900. Evidentemente la generación de los comienzos del siglo XX no se daba cuenta de su posición en la cima de una corriente ideológica, sino que consideró hallarse meramente en los comienzos de un nuevo mundo, que iba a crear sobre la base de nuevos principios.

Por de pronto, existía la tarea de afianzar la perfección de la razón del género humano. Se estaba seguro de lograrlo mediante la instrucción “objetiva”. Una instrucción general, obligatoria para todos. Una instrucción uniforme, “objetiva” en el sentido de eliminar cualquier idea, que pudiera sugerir al hombre como un ser no perfectamente razonable, y, la existencia de algo más que materia y energía.

Este hombre perfectamente razonable, dominaría en cada momento sus pasiones y sus instintos; sus acciones y convicciones serían exclusivamente dictados de su razón. En lo que se refiere a la relación con sus semejantes, respetaría en cada momento a este otro ser razonable, respeto que en algunos casos sería por principio de utilidad: respetar la autonomía de los otros, para que ellos, a su vez respetasen la propia. Sin em-

bargo, generalmente, esta manera de proceder estaría inspirada por un sentido de equidad.

La vida política se regiría por principios que dictase la razón a cada uno. Existiría plena libertad individual y convivencia pacífica, tanto dentro de la nación como fuera de ella.

Los problemas materiales quedarían solucionados gracias a los adelantos de la ciencia. La medicina eliminaría las enfermedades y alargaría la vida humana, la economía y la técnica incrementarían continuamente la riqueza de todos y de cada uno. De este modo el miedo quedaría eliminado de la vida humana:—el temor al sufrimiento físico y el temor a la pobreza—.

2. El fracaso exterior de la civilización moderna

En solamente treinta años, de agosto 1914 a mayo 1945, el fracaso de este concepto se hizo visible, y, además, visible en escala mundial.

La primera guerra mundial (1914-1918), que estalló entre naciones con poblaciones instruidas racionalmente, y, con sistemas parlamentarios, era algo, que según las teorías no hubiera podido ocurrir, puesto que era completamente irracional. Durante la conflagración, todos se percataron con asombro, de que la ciencia no solamente servía para alargar las vidas humanas y para incrementar la riqueza, sino, que en la misma medida, servía para destruirlas. La impresión de esta nueva verdad fue tremenda para los hombres occidentales, subidos desde hacía generaciones en la ideología moderna.

Si, todavía a la generación moderna les quedó la esperanza, de que se tratase solamente de un tropiezo en el camino emprendido hacia un mundo nuevo, el período de 1919 a 1939, pronto tendría que convencerles, de que no habría posible retorno a las ilusiones del pasado.

Posteriormente a 1919, nacieron y tuvieron éxito movimientos políticos, que no apelaban a la razón humana, sino a sus instintos: el orgullo nacional, el odio, el resentimiento. Y estos movimientos políticos nacidos en naciones democráticas obtuvieron de la gran masa la auto-eliminación de las libertades cívicas, anteriormente conquistadas.

Además en 1929 estalló una crisis económica de envergadura mundial, cuyo desarrollo contradujo a todas las teorías de la ciencia económica y que se mantuvo en los Estados Unidos durante diez años. La vida económica del mundo moderno apareció de pronto un amasijo de absurdos, como completamente irracional.

Finalmente, la segunda guerra mundial de 1939 a 1945, afirmó aún más la convicción, de que por razones ignoradas, el mundo que se había querido construir era algo sumamente endeble. Las ciencias demostraban en medida superlativa su poder destructivo. Los ideales del hombre moderno de 1900 quedaban aniquilados aún más profundamente. Esta anulación incluso abarcaba a una clase de hombres—los científicos—que anteriormente habían representado la élite de la humanidad. Se vio que esta élite del mundo moderno lo mismo eran capaces de sacrificarse por el adelanto de la ciencia, como sacrificar a sus semejantes en aras de la investigación científica.

No es de extrañar que, ya desde la primera guerra mundial y cada vez con más fuerza, el sentimiento de crisis se expandió en el mundo moderno. Una crisis que dura desde hace medio siglo, y que sigue profundizándose progresivamente.

A partir de 1945, se ve claramente esta crisis: como una

crisis de principios, como una crisis espiritual, ya que desde 1945, en los países más modernos, la medicina ha logrado grandes progresos, y, la economía ha alcanzado a solucionar sus problemas de una manera satisfactoria para todos. Los logros materiales hacen sobresalir con más fuerza los defectos de esta civilización, que se inició hace más de cuatro siglos.

3. La crisis interior

Antes y simultáneamente a esta crisis exterior y visible, se desarrolló una crisis interior, menos apreciable, pero mucho más profunda.

Si en los países que han dirigido y seguido toda esta evolución se comparan las convicciones actuales en cada uno de los campos

- de la ciencia,
- de la moral,

y, sobre todo, en lo que se refiere a

- la razón, la libertad y la responsabilidad del hombre

con las que se sostenían alrededor de 1900, encontramos la mayor discrepancia imaginable.

A. EL CAMBIO DE OPINIÓN SOBRE LA CIENCIA

En 1900, el hombre moderno estaba convencido, que la ciencia era sumamente buena, y que le haría omnisciente y omnipotente.

a.1. La ciencia como algo sumamente bueno

A comienzos de nuestro siglo, se creía que la ciencia solucionaría todos los problemas humanos, que libraría a la humanidad de todos sus males, que era algo intrínsecamente bueno. Era lógico, pues que deberían darse todas las facilidades para poner en práctica todas sus posibilidades. La curiosidad ilimitada era suma virtud, y, los hombres de ciencia representaban la élite del mundo moderno. En un tiempo, en que se evitaba emplear expresiones que provienen de la religión, se concedía sin embargo a los hombres de ciencia que exponían sus vidas en aras de la investigación, el título de "mártires de la ciencia".

La primera y segunda guerra mundial cambiaron por completo este ambiente ideológico. Como ya he dicho se vio con terror, que la ciencia, de la misma manera, podía construir que destruir, que no era sólo un medio de progreso sino en la misma medida un medio de aniquilación, que no era buena en sí, sino indiferente a los resultados que era meramente un instrumento.

Además, los experimentos realizados por esta élite con seres humanos, demostraba que lo mismo que mártires de la ciencia, podían transformarse en martirizadores.

La profunda desilusión sufrida por el mundo moderno llevó a que finalizada la segunda guerra mundial, algunos de los mismos hombres de ciencia comprendieron que se tenía que subordinar la ciencia a un criterio superior al de la mera curiosidad científica, a un criterio moral.

En Alemania, un científico propuso para todos sus colegas el firmar un compromiso ineludible— algo análogo al juramento hipocrático de los médicos— de no dedicar sus esfuerzos nunca a investigaciones que podrían derivar en crímenes contra la humanidad. El eco de su intento se extinguió pronto. Una de las razones de su poco éxito quizás estriba en la casi imposibilidad de prever, si los futuros resultados de una investigación servirán para realizar crímenes contra de la humanidad, sobre todo, si se trata de investigaciones básicas.

En los Estados Unidos, el proceso contra el físico del átomo, Oppenheimer, demostró, que hay hombres de ciencia, en los cuales la curiosidad y el sentido de poder científico entra en conflicto con sus escrúpulos respecto a lo que podría resultar de sus investigaciones para toda la humanidad.

Los hombres de ciencia han tardado mucho en percatarse de este problema. Mucho antes, en los diferentes países contemporáneos, el común de los mortales se ha dado cuenta del tremendo peligro de los modernos medios de destrucción que la ciencia crea. Para que la civilización moderna pueda librarse de

la destrucción total, es imprescindible que, tanto la investigación y más aún la aplicación de sus descubrimientos, queden sometidos a un criterio moral. Criterio moral igual para todos, ya que si sólo existiesen dos criterios morales diferentes (por ejemplo, el del bloque comunista y el del mundo libre), en nada disminuiría el peligro.

El mundo moderno ha llegado finalmente al convencimiento, de que para la supervivencia es necesario que exista una moral válida para todos. Pero esto es precisamente algo que va contra la misma base del ateísmo moderno: la autonomía moral absoluta de cada individuo, por la que cada hombre no puede ni debe permitir que se le imponga y se le pida sumisión a una ley moral exterior; ya que solamente puede aceptar una moral personal, la propia, considerándose a cualquier persona que aceptase una ley moral externa como despreciable.

Después de cuatrocientos años, el mundo moderno se halla en la alternativa de aceptar una autoridad moral o ir hacia su destrucción.

a.2. La ciencia da al hombre la omnisciencia

Durante los últimos doscientos años, progresivamente el hombre formó su concepto del mundo y de la vida sobre la base de la ciencia. Se consideró muy superior al hombre religioso, que se funda en la verdad revelada. Estaba convencido que, como hombre superior que era, había llegado a un concepto propio del mundo, descubierto en todas sus facetas por el mismo, gracias a su inteligencia y a base de hechos, todos verificados personalmente.

Se llegó a conceptos generales, que cada época consideraba como definitivos, pero que cambiaban varias veces. ¿Cómo se establecieron estos principios generalmente aceptados como verdad definitiva? Parece ser que, cada época generalizó un descubrimiento en un ramo de la ciencia, y aplicó sus principios a todas las demás ramas, de este modo se llegó a una visión general y uniforme.

Alrededor de 1800 prevaleció como principio general el de la existencia en la naturaleza de un mecanismo, que automáticamente establecería o restablecería la armonía entre dos fuerzas contrarias. Esta idea de una armonía automática me parece influida por la ley de gravitación de Newton, cuyo principio se trataba de aplicar también a las demás ciencias. Y así encontramos en el siglo XVIII un sistema económico, que explica todo el funcionamiento de la economía por un mecanismo que entre las dos fuerzas contrarias— oferta y demanda— restablece siempre automáticamente el equilibrio, sin ninguna intervención humana.

En cambio, en el siglo XIX, la teoría-piloto para explicar el mundo parece derivarse de la teoría de la evolución de Darwin. Se empieza con ahínco a explicarlo todo mediante la evolución— un progreso automático—. Por ello, la teoría económica del siglo XIX, la de Marx, se basa en ella, y quiere comprobar esta evolución automática de la economía capitalista hacia la comunista.

Si estos dos conceptos generales no son idénticos, ya que el uno se basa en una armonía estática, y, el otro en un progreso dinámico, los dos tienen características comunes: se logra la perfección del mundo de una manera completamente automática, sin que el hombre tenga que contribuir a ella. Además, ambos principios son sencillos, fácilmente comprensibles y sumamente optimistas.

En el comienzo de nuestro siglo, surge otra idea-piloto, esta vez en la física, la teoría de la relatividad de Einstein (1905). Y con ello se presenta algo diferente: una explicación científica del universo que la mayoría de la gente eran incapaces de comprender, y, que por consiguiente, no era apta para dar a cada uno la convicción, de que, gracias a su inteligencia y a sus conocimientos podía llegar a un concepto del mundo personal y propio; además, el hombre moderno intuía, que esta teoría de la relatividad no llevaba a un concepto optimista, a diferencia de los anteriores.

El impacto de esta teoría en la mentalidad del ateo moder-

no con más o menos instrucción científica era tremendo y desorientador. Se quedó sin concepto del mundo, sin "Weltanschauung". No solamente todos sus anteriores conceptos tan satisfactorios sucumbían, sino que empezaba a dudar de su capacidad para llegar a un concepto propio del mundo. En el mejor de los casos llegaría a una opinión propia en un reducido sector de una rama de la ciencia, mientras que para todo lo demás debería aceptar y repetir la opinión—a menudo incomprensible—de otros. La ciencia que antes parecía ponerlo todo al alcance de su tendimiento, le enseñó los límites estrechos de su capacidad intelectual; de nuevo, para afirmar la mayor parte de sus conocimientos, dependía de la verdad revelada por otros—diferencia esta vez—, de que las verdades cambiantes y a menudo contradictorias eran las reveladas por los catedráticos.

a.3. La ciencia hace al hombre omnipotente

Hacia el año 1900, el mundo occidental estaba seguro que pronto se sabría, se explicaría y se comprendería todo. La ciencia descubriría la causa de todo lo existente y todas las relaciones causa-efecto.

Pero, mientras que doscientos años antes, el descubrimiento de las leyes de nuestro sistema planetario arranca a Newton un canto de alabanza por la obra del Creador, alrededor de 1900 cualquier descubrimiento de leyes de la naturaleza sólo arranca exclamaciones de alabanza por el genio humano. Progresivamente la humanidad ve, que la ciencia le permitiría producir algo nuevo, mejorar y corregir la naturaleza. "Saber" se hace sinónimo de "dominar", y, saberlo todo, significa poder dominarlo todo, ser omnipotente.

En el ambiente, en el que reinaban estas ideas, se consideró, que la fe en un ser superior indefectiblemente debería desaparecer, como una fase primitiva en el desarrollo de la humanidad.

Para afirmar esta total desaparición de la fe y de la religión se aducían dos razones más, razones que demostraban, sobre todo, que no era la fe lo primitivo, sino que lo era el concepto que tenían estos ateos modernos de la fe y de la religión.

Una de las razones era que, al explicarlo todo la ciencia, no quedaría nada incomprensible, nada misterioso, y por lo tanto, al tener una razón total al alcance de la inteligencia humana, se extinguiría la necesidad de la fe en un Dios.

La otra, hacía hincapié en el hecho, de que por la ciencia desaparecería la miseria, el hambre, las plagas, y que el hombre se quedaría a salvo de los peligros de la naturaleza, tales como rayos, inundaciones, etc. Al no existir ya temor, ya no se necesitaría a un Dios a quien acudir en busca de ayuda.

También este sentido de la omnipotencia humana ha finalizado totalmente, siendo sustituido por una extraña inquietud porque en los últimos cincuenta años, el mundo occidental ha caído en la cuenta de que, aunque la inteligencia y la ciencia pudiesen dominar a toda la naturaleza, la razón por sí sola era extrañamente incapaz de dominar al mismo hombre, y, por lo tanto, a la humanidad.

A partir del fin de la primera guerra mundial se han fundado organizaciones internacionales (Sociedad de Naciones, las Naciones Unidas) para ordenar racionalmente las relaciones internacionales. Alrededor de 1920, no se dudó de su eficacia, pero en lo sucesivo, las dificultades que encontraron estas organizaciones y sus fracasos trajeron nuevas desilusiones e inquietudes: "Todo el mundo quiere la paz, pero todas las naciones se arman para la guerra". También el hombre sufría la misma impotencia al querer dominar con su razón sus sentimientos y acciones: "Hago lo que no quiero hacer".

El hecho de que precisamente cuando mayor era la potencia material del hombre, menos capaz era de dominarse a sí mismo, transformó el sentimiento embriagador de omnipotencia de los comienzos del siglo en una inquietante impresión de ir a la deriva.

En solamente medio siglo, la máxima autoridad de la civilización actual—la ciencia—, ha cambiado completamente de cara. El hombre ha debido aceptar, que nunca lo comprenderá todo si se limita a sus propios esfuerzos, a su propio criterio.

La ciencia tampoco le ha dado poder en lo esencial: sobre sí mismo, y, lo que parecía un ente bondadoso, siempre laborando en favor del progreso y del bienestar, se ha transformado en algo terrorífico.

B. LA DESTRUCCIÓN DE LA MORAL NATURAL

El ateo moderno de 1900 aceptó como moral natural, el contenido del cuarto hasta el décimo mandamiento, no porque son mandamientos de un poder superior, sino porque los consideraba razonables e imprescindibles para una buena convivencia dentro de la familia, en la economía, en la sociedad en general.

Consideraba, que para un hombre evolucionado, que se rige por la razón, no es necesario envolver estos principios en un tabú religioso, ya que su inteligencia permite comprender y aceptar su utilidad. Incluso algunos llegaron a celebrar como una astucia útil, el que los fundadores de religiones, para el uso de una humanidad más primitiva, hayan transformado estos principios en preceptos religiosos.

Desde comienzos del siglo, se evidencia cada vez con mayor claridad la destrucción de los principios de moral natural y su derrumbamiento en los países modernos bajo el empuje de teorías científicas. Se comprueba que no son "naturales"—es decir no conformes a los instintos humanos—y, por lo tanto, se juzga que no tienen razón de ser. Se llega, pues, en los últimos cincuenta años, a una completa inversión de los principios anteriormente aceptados como "razonables".

La labor realizada dentro de cada mandamiento se puede resumir como sigue:

Cuarto mandamiento: Honrar padre y madre.

Se introduce y se acepta la idea de que, por instinto, la criatura se siente sexualmente atraída por el progenitor del sexo opuesto y odia al de su mismo sexo (complejo de Edipo). El resultado es que se considera como natural, la oposición y el odio hacia el progenitor del mismo sexo, y, que se tenga una profunda desconfianza hacia todos los sentimientos del progenitor del sexo opuesto.

Quinto mandamiento: No matarás.

Por el principio de la autonomía absoluta del hombre, se considera, que tiene pleno derecho de disponer de su cuerpo, es decir: derecho al suicidio, derecho al aborto.

Sexto mandamiento: No fornicarás.

También aquí se ha llegado a una generalización amplia de las teorías de Freud. Se considera, que cualquier freno al instinto sexual perjudica el equilibrio mental, y, que, por lo tanto, es antinatural exigir tal freno bajo cualquier razón.

Séptimo mandamiento: No robarás.

Aquí podemos citar la frase lapidaria del socialista Proudhon (1809-1865): "La propiedad es un robo".

Pero no debemos olvidar que fue pronunciada en una época de capitalismo puro, sistema que, a su vez, había hecho tabla rasa con los principios cristianos sobre la propiedad, tales como que a la propiedad son inherentes ciertas obligaciones sociales, como asistir a los necesitados y emplear los medios en obras útiles para proporcionar trabajo.

Octavo mandamiento: No levantarás falsos testimonios.

En la actualidad, se justifica la falta de veracidad en la propaganda—política, ideológica—, y cierta inexactitud en la propaganda comercial, con el fin de lograr el máximo de beneficios. Sin embargo, más peligrosa resulta otra nueva tendencia, que no consiste propiamente en suministrar hechos falsos al criterio humano, sino en evitar ya de antemano, la intervención de este criterio humano.

Las investigaciones sobre la posibilidad de condicionar los reflejos han sido desarrolladas y puestas al servicio de la propaganda: mediante sensaciones estudiadas, colores, sonidos, slogans repetidos, se provocan ciertos reflejos, que llevan al hombre a actuar sin que intervenga su razón.

Noveno y décimo mandamiento: No desear...

Según nuevas teorías psicológicas, el hombre (y también el niño) no solamente deben desear, sino también lograr sus deseos, bajo pena de complejos de inferioridad y complejos de frustración.

El hombre de comienzos de nuestro siglo estaba convencido de que los preceptos contenidos en el 4.º al 10.º mandamiento se cumplirían mejor, al apoyarlos solamente en la razón humana. Se equivocó, desaparecieron en una generación, mientras que anteriormente como mandamientos religiosos fueron acatados durante milenios.

Al quedar reemplazados por nuevos principios apoyados en teorías científicas, basadas en que el hombre es solamente cuerpo y libido, surge enseguida el contenido *anti-social*:

— La sustitución del respeto a los padres por la teoría científica del odio o atracción sexual, pone la familia en peligro. La preeminencia de lo sexual facilita la quiebra de los matrimonios.

— El afán del máximo lucro individual divide la sociedad económica en dos bandos.

— La necesidad de la consecución de todos los deseos debilita el respeto al prójimo.

Es de extrañar que el comunismo ateo, también enemigo de los diez mandamientos al realizarse en Rusia y más tarde en China haya reaccionado de una manera tajante contra estas interpretaciones. En los países comunistas la tambaleante autoridad de los padres fue reemplazada por la autoridad infinitamente más severa del Partido.

La subordinación del instinto sexual al interés de la sociedad no se discute y en la China comunista, por no ser conveniente para su economía un aumento de población demasiado rápido, se considera que los jóvenes no deben casarse antes de los 30 años. Se impone a la población unas renunciaciones, que la más estricta aplicación del sexto mandamiento nunca había exigido.

El robo, considerado como sabotaje, es castigado con las máximas penas.

Asimismo, en ambos países, los deseos de un mínimo de bienes materiales, tienen que suprimirse durante años en aras de los fines económicos trazados por el Estado.

Mientras tanto, en los países libres continúa la inflación de estos principios basados en la ciencia moderna, llegándose en la actualidad, al desconcertante hecho, que a la vez que se pide su plena imposición, se lamentan sus efectos, originando lógicamente una completa confusión:

— Se exige a los padres que dejen libertad a los hijos, pero se les hace enteramente responsables de cualquier defecto moral o acción reprobable de los mismos, incluso de los hijos adultos. Así, en el caso de un hijo delincuente, se considera como plenamente responsables a los padres, o bien "por su educación demasiado severa", o "por su educación demasiado indulgente", o también "por no haberse ocupado suficientemente de la educación de su hijo". Pero en ningún caso, se les dice a los padres y madres de nuestro tiempo, lo que es ser demasiado estricto, o demasiado indulgente, ni lo que se considera como no dar bastante libertad o demasiada. Ahora, después de cuarenta años de este estado de cosas, surge el reproche de que los padres dimiten de su autoridad.

— En el caso de la moral sexual se considera que todo el mundo tiene pleno derecho al amor, tanto célibes como casados; es más, el cónyuge moderno debe aceptar este derecho en el cónyuge adúltero, pero no terminan los lamentos particulares y públicos sobre el alto porcentaje de divorcios y sus efectos nocivos sobre los hijos.

— Otro tanto ocurre al no contrariar nunca los deseos de los niños y jóvenes, y, la indignación frente al gamberrismo. Se vive en plena confusión moral.

C. LIBERTAD, RESPONSABILIDAD, CRITERIO PROPIO

El mundo creado hace siglos, el mundo moderno, está basado sobre la libertad del hombre. El hombre no tiene solamente el derecho, sino el deber, de proceder según su criterio propio,

el criterio que le dicta su razón. Es él mismo quien estipula sus principios de conducta, su moral, etc. Cualquiera que procede según principios ajenos, "no es sincero". El hombre tiene pleno libre albedrío, y es responsable de todos sus actos. El hombre moderno es un ser maduro, que considera al hombre que se basa en principios religiosos, no elaborados por el mismo, como un ser atrasado e inmaduro: un niño.

Para vivir como hombre moderno es imprescindible ser capaz de juzgar y obrar en cada momento de acuerdo con su juicio. Capacidad de juicio y libre albedrío de todo ser humano—sin distinción de raza y civilización—, son la condición previa, condición previa que se consideraba dada por la misma naturaleza. Estas teorías fueron establecidas hace doscientos años, sin presentar ninguna prueba científica de sus aserciones, es más, sin considerarlo necesario.

Responsabilidad: ¿Cómo cumple, desde hace doscientos años, esta humanidad libre con la plena responsabilidad inherente a su libertad?

El hecho de que ahora se halle tan inerte frente a la responsabilidad que le incumbe por los últimos logros de la ciencia, nos indica, que sobre este punto existía un vacío completo.

¿Por qué no se enfrentó con esta responsabilidad ya anteriormente? Parece haberla soslayado hábilmente. Con entusiasmo adoptó las dos doctrinas: la de la "armonía automática", y, la del "progreso automático", según las cuales, gracias a leyes físicas, se logra la perfección del mundo. Creo, que estas doctrinas han actuado verdaderamente como el opio sobre la civilización moderna, permitiendo a la humanidad disfrutar de su libertad durante siglo y medio, sin preocuparse de la responsabilidad que sucede.

También en esta cuestión, los últimos cincuenta años han traído un desagradable despertar.

Libertad: Respecto a la libertad, es decir, al vivir ajeno a cualquier dogma, podemos descubrir ya que la humanidad erigió nuevos valores absolutos, indiscutibles e incontestables:

- las leyes científicas, regularidades encontradas por la ciencia de cierta época en la sociedad y el hombre y rápidamente generalizadas;
- la misma idea de la libertad, erigida en verdadero dogma, delante del cual no está permitido razonamiento o pregunta, tales como ¿libertad, bajo qué condiciones?, o ¿libertad, para qué?
- Hoy parece que se haya entrado en el reino de otro valor supremo: el instinto. Cualquier proceder basado en un instinto queda plenamente justificado.

Además, ¿hasta qué punto se permite ser libre al hombre? Si contemplamos nuestra época y la anterior, puede observarse, que en donde se da y reivindica primero esta plena libertad, es en materia de fe, y, más tarde y en menor medida, en opiniones políticas. Solamente desde hace cincuenta años se concede esta libertad en materia de moral.

En cambio, en materia intelectual, de instrucción, la tendencia fue precisamente contraria. Ejemplo: se argumentó que era un crimen contra la libertad el instruir en religión a una criatura o a un joven, y, que si realmente existía Dios y un alma, el hombre ya lo descubriría por sí mismo. En cambio, no se arguyó, que era un crimen instruir intelectualmente en el máximo a niños y jóvenes, y, que si realmente 12 por 12 hacen 144, y, las leyes de la ciencia natural son una verdad, ya los descubrirían ellos por sí mismos.

Se impone, pues, la instrucción obligatoria, uniforme, y el incumplimiento de sus enseñanzas representa quedar postergado.

Tampoco se puede seguir el criterio personal, propio, en lo que se refiere al cuerpo. Vacunación obligatoria, alimentación siguiendo sistemas rígidos, pero variantes de generación en generación. Servicio militar obligatorio, impuestos, reglas de tráfico del Estado, respaldados por sanciones, etc.

Podemos decir, que la libertad personal solamente se establece en lo espiritual y, parcialmente, en lo moral, pero que, por el

contrario, en lo intelectual y corporal se reduce al mínimo. Falta de instrucción espiritual y moral, y un máximo de instrucción intelectual y física, son las características de la civilización actual.

Si hoy, los ateos modernos se lamentan de que su mundo se haya desarrollado intelectualmente, pero haya quedado estancado en lo moral, aciertan plenamente en su juicio, pero sus lamentos no son justificados.

Criterio propio: Si libertad personal significa, poder seguir libremente su propio criterio, existe entonces, la cuestión:

¿cada hombre posee realmente un criterio propio?

¿desde qué edad?

y

¿a raíz de qué?

Hace doscientos años, prevaleció la tendencia a creer, que un tal criterio propio—y justo—es innato al hombre. Tenía mucha aceptación la imagen del “buen salvaje”.

Después, se consideró, que este criterio propio y justo, se adquiriría a base de la experiencia de la vida. En este caso, hubiera surgido más tarde, siendo siempre reducido debido al círculo estrecho de las experiencias, que cada hombre puede vivir.

Quedaba el problema, ¿qué criterio tenía que seguir el ser humano, hasta que llegara a vivir la experiencia fuente de su criterio propio? Este problema nunca se atacó, quedaba siempre envuelto en vaguedades.

En lo que se refiere a *la ciencia*, en los últimos cincuenta años vemos que se ocupó de estudiar, cuando realmente siguen los hombres un criterio propio, habiendo llegado al resultado global de que la mayor parte siguen, inconscientemente, los criterios que prevalecen en su ambiente, y una parte actúa precisamente en oposición a estos criterios.

Más importante aún era el descubrimiento ya mencionado de que en gran número los hombres reaccionan por reflejos, unos reflejos que eliminan por completo cualquier criterio consciente.

En la misma línea hallamos los descubrimientos del psicoanálisis: nuestras opiniones, convicciones básicas, que deciden en muchos casos nuestras reacciones y nuestro comportamiento máxime en momentos cruciales de nuestra vida, no son dictados por nuestra conciencia, sino por nuestro inconsciente personal (Freud), o por el inconsciente colectivo (Jung), es decir, en unas capas de nuestro ser, que se hallan por debajo del criterio personal y del razonamiento. Conocida por todos es la ilustración según la cual la psique humana puede compararse a un iceberg, sobresaliendo del nivel del mar solamente una pequeña parte, mientras que la mayor masa se halla por debajo del nivel de la conciencia.

Así que es la misma ciencia la que anula en gran parte aquel concepto del mundo moderno sobre la perfecta racionalidad del hombre.

Es un fenómeno, que tiene que causar verdadera extrañeza, que los hombres de hoy, no sólo acepten, sino, incluso, se entusiasmen por este concepto del hombre, enteramente opuesto a aquel sobre el cual se halla basada su civilización, y, uno tiene que preguntarse, cómo, con doctrina tan diferente sobre el ser del hombre, pueden funcionar adecuadamente las instituciones de la civilización moderna, por ejemplo, la democracia parlamentaria.

¿Cómo es posible, que se acepte esta nueva imagen del hombre, una imagen que le favorece tan poco? En parte, ello será el resultado de las experiencias propias y colectivas de los últimos cincuenta años de guerras y revoluciones. Pero, en parte, podría ser debido también, que al derrumbarse la fe en una armonía o un progreso automático y hallándose de repente ante tremendas responsabilidades, los hombres crean que de esta manera queden justificados a no enfrentarse con ellas.

4. Resumen

La Edad Moderna, que paulatinamente desde 1500 puso al hombre como centro de toda la creación, llegó, hace unos dos siglos, a la doctrina de la autonomía absoluta del hombre, autonomía basada en la tesis de su perfecta racionalidad, de su criterio propio infalible, de su libre albedrío. Estas premisas fue-

ron aceptadas durante siglos. Sobre ellas se construyó nuestra civilización. Al someter, finalmente, estos axiomas a la máxima autoridad del ateísmo moderno—la ciencia—, ésta destruye su misma base. En cuatrocientos cincuenta años, nuestra civilización occidental ha dado un giro completo sobre sí misma. Se halla en crisis.

Como cualquier crisis, también ésta puede ayudar a alcanzar unos resultados positivos:

Ciencia: Debemos percatarnos, que el hombre es incapaz de tener un concepto propio de todas las cosas, ya que se depende del saber de otros. El ámbito del conocimiento y de la experiencia propia es sumamente restringido, si no quiere limitarse a un campo poco más amplio que el de un animal, debe aceptar la enseñanza de conocimientos que no ha comprobado, de experiencias, que no ha realizado; debe pues creer en la palabra de otros.

Al depender de la enseñanza ajena, se le presenta la tarea ineludible, de buscar la enseñanza de máxima autoridad, y, forzosamente tiene que preguntarse sobre el fundamento de esta autoridad.

Moral: Mientras que en el comienzo del siglo—como he expuesto anteriormente—, se aceptaron los principios morales tradicionales del cristianismo por considerarlos concordantes a la razón humana, en los últimos cincuenta años, debido a investigaciones y conclusiones de la ciencia, se consideró a éstos como anti-naturales, estableciendo seguidamente otros nuevos, cuya base es la libertad de los instintos.

Esta nueva moral moderna, basada en los instintos humanos ha obtenido en la mayoría de los países el asenso general. Ahora bien, cualquiera que conozca la situación vívidamente, se encuentra con que jóvenes ateos de ambos sexos guardan castidad y cónyuges ateos fidelidad aún sabiéndose contrarios a la conveniencia social actual, e, incluso, a las enseñanzas recibidas. Guardan una castidad y fidelidad de la cual ellos se avergüenzan y por las que no pueden aducir razones, podríamos pues decir, una castidad y fidelidad “instintiva”. Delante de estos hechos inegables, ¿no podría concluirse que en el hombre no sólo es innato, por ejemplo, el instinto sexual, sino al mismo tiempo el “instinto” de la castidad y fidelidad?

Quizás, al cambiar completamente de signo en estos países la moral oficial, puede ahora descubrirse, que lo que anteriormente se consideró como producto de la presión de la moral oficial, es también algo innato al hombre.

Libertad: No solamente se soslayó la responsabilidad humana inherente a su libertad, sino que la ciencia destruye la creencia en un criterio propio, declara al libre albedrío como una ilusión y define al ser humano como algo esencialmente irracional. Un cambio de postura radical, pero ¿enteramente justificado?

Si queremos estudiar el problema de los reflejos condicionados y su aplicación a la propaganda comercial y política, vemos, que para crear estos reflejos condicionados es necesario un gran esfuerzo, un gran aparato. Pero, no solamente para crearlos, sino también para conservarlos. Colores, luces, sonidos, slogans tienen que repetirse continuamente, que “el jabón Z es el que conviene mejor al comprador”. Además, no basta repetirse siempre lo mismo, deben inventarse continuamente nuevos y diferentes medios. ¿Por qué? para que el comprador no llegue a reflexionar, es decir formarse un criterio propio. Lo mismo sucede en la propaganda política: siempre trata de suscitarse con nuevos medios y argumentos el miedo al extranjero, el odio, el espíritu de venganza, la soberbia nacional y de clase.

Todo ello supone, que, sin esta excitación constante de los sentidos y de los instintos, el hombre no se mantendría en el error, sino que reflexionaría, juzgaría y de ahí la formación de un criterio propio.

Ahora bien, el hecho de que bajo el impacto de sus sentidos y de sus pasiones el hombre se enajene, es algo conoci-

do desde milenios. Las religiones, y, también las enseñanzas sobre la sabiduría humana han establecido un sinnúmero de medios y métodos para librar al hombre del dominio de sus sentidos y pasiones.

Si todo ello no es ningún descubrimiento nuevo de nuestra civilización moderna, hay sin embargo algo de nuevo: elaboramos ahora métodos para lograr someter al hombre a su sensibilidad y a sus instintos, en vez de librarlo de ellos.

Quizás, en este tiempo de crisis exterior e interior de la civilización moderna existan personas que sepan descubrir o resucitar verdades sepultadas durante generaciones bajo el alud de la ideología moderna, pero no parece que exista una corriente de reacción general en este sentido. De todos modos, sobre lo que sí hay asenso general en el mundo moderno es en esto: que está en crisis.

Desde hace 45 años siempre existe una cuestión que aparece en las publicaciones modernas: la constatación del desarrollo de la ciencia, pero no así de la moral, y, de que por los modernos medios de destrucción, esta omisión puede significar el fin del mundo.

Es extraño que, a pesar del miedo general y que cientí-

ficos de máxima categoría hablen de la necesidad de someter la ciencia a consideraciones más altas que la sola curiosidad intelectual, no se haya adelantado un solo paso. Pero la causa es que la solución apunta para todos en una misma dirección: la necesidad perentoria de unos principios morales y de una autoridad moral por encima del hombre y esto significaría negar la misma base de nuestro mundo moderno: la autosuficiencia del hombre.

Además de este problema angustioso, abundan las críticas de nuestra civilización moderna y esta crítica no procede del campo de los creyentes, sino de los mismos ateos modernos. En ensayos filosóficos, novelas, piezas de teatro se habla de la nada, del vacío, de la náusea del hombre moderno, pero sin que se indique ningún camino de salida. La crisis del mundo moderno no apunta hacia ninguna solución, se ha estancado y transformado en una crisis permanente.

Uno de los fenómenos más llamativos es, que los autores modernos en sus producciones — Huxley "Un mundo feliz", Orwell "1984" — describen de un modo insuperable esta civilización moderna como un mundo deshumanizado. Extraño resultado del esfuerzo de cuatrocientos cincuenta años de crear una civilización centrada sobre el mismo hombre.

II

1. El intelectual católico ante la crisis del ateísmo moderno

¿Percibe el mundo católico la crisis del ateísmo moderno?

Parece más bien que no.

En países tradicionalmente católicos, prevalece la impresión de que el ateísmo esté en pleno auge. No se perciben los signos de crisis. Los católicos de estos países, que ahora se adhieren a su ideología, ostentan las ideas y convicciones del comienzo del siglo.— el hombre como ser racional, la libertad, la omnipotencia humana gracias a la ciencia—, este hecho a los ateos de otros países, les da la impresión de hallarse ante unos modernos singularmente anticuado.

En los demás países, en los que católicos y ateos conviven en el mismo ambiente, la posición que adoptan los primeros es generalmente la del apartamiento.

Los escritores católicos de mayor celebridad (Bernanos, Mauriac, Graham Green, etc.) no escriben sobre el mundo ateo, sino que critican los defectos de los católicos. Si esta postura tiene su mérito, es quizás insuficiente, ya que visiblemente el mundo ateo no resuelve su crisis por sí solo. El católico debería tratar de ayudarlo positivamente en su crisis, darle la mano para saltar este círculo estrecho en el que le ha encerrado su ideología.

¿Qué respuesta puede darle el católico a sus problemas?

¿Qué respuesta a una ideología, que se basa sobre la autonomía completa del hombre, y que ahora se percata de lo limitado de los recursos intelectuales del ser humano, que cae en la cuenta de su debilidad, dominado por fuerzas irracionales e inconscientes, vacío, con una vida sin sentido?

A todo ello el católico podría oponerle el concepto de un mundo creado por Dios, Espíritu puro, y del hombre creado a imagen y semejanza suya, y una vida cuya finalidad es el servicio a Dios y del prójimo. De un hombre, cuya perfección es un esfuerzo constante en este servicio.

— Al concepto puramente materialista del hombre y de su vida, opone el del hombre que consiste de materia y espíritu.

— En lo que se refiere al libre albedrío, el católico admite que no es perfecto como se estipuló hace dos siglos, ni tampoco inexistente como en la actualidad la ciencia pretende. El hombre posee libre albedrío, pero un libre albedrío debilitado por el pecado, un libre albedrío que corre peligro de quedar ofuscado por el egoísmo.

— El hombre no es un ser dominado por las fuerzas de su subconsciente, sino un ser libre, pero como criatura de Dios está obligado a utilizar su libertad dentro de los mandamientos de su Creador.

2. El diálogo del católico con el mundo ateo

Si el creyente católico quiere establecer contacto con el ateo moderno, se encontrará ante serias dificultades. Las dificultades no residen en una pretendida incomunicabilidad del ateo, al contrario, sino en que el católico no sabe hacerle participar debidamente sus convicciones.

Tenemos:

a) Dificultades de lenguaje.

El hombre moderno no comprende ya ciertas palabras tales como Dios, alma inmortal, pecado, gracia, además, otras palabras "naturaleza del hombre", "moral natural", "conciencia", "alma", "psique", tienen para los dos dialogantes un sentido diferente. Al tratar de traducir el católico su sentido de las palabras al lenguaje moderno, ve que generalmente no es capaz de hacerlo.

A poco de empezar el diálogo, el católico queda mudo máxime tartamudo.

De estos intentos fallidos puede sacar una buena lección, la poca profundidad y solidez de los fundamentos de su fe, ya que sino sería posible encontrar una transcripción, aunque solamente fuese aproximada.

b) Dificultades con los argumentos.

El intelectual católico comprenderá rápidamente, que con los ateos modernos el argumento más convincente, o, mejor, el único convincente, es el argumento sacado de la ciencia experimental.

También no tardará en percibir, que los argumentos científicos que tratan del hombre y de la convivencia con sus semejantes (la psicología y la sociología) no sirven para hacer comprender sus ideas, sino que sirven de arma a su contrincante porque toda la ciencia moderna se basa en una premisa: no existe más que materia y energía, y el hombre no es más que cuerpo y líbido. ¿Cómo podría, pues, mediante argumentos basados en esta ciencia, hablar de Dios, del alma inmortal, del pecado? Imposible.

Su fracaso le hará preguntarse, si su vida no se realiza en dos planos:

uno, como católico creyente en la existencia del espíritu, y, el otro, como hombre científico como materialista.

Antes de establecer el diálogo con el ateo moderno, se le presenta la necesidad de reflexionar sobre lo que es en realidad la fe y lo que significa para él la ciencia.

c) Interpretación científica atea como base para la acción.

Si la discusión pasa del campo de la teoría al de las realizaciones prácticas — técnica, economía, organización social —,

la posición del intelectual católico es aún más precaria, excepto si la conversación se limita a la Edad Media. De nuevo, surge otro tema que requiere una reflexión a fondo.

¿Por qué, en los últimos dos siglos, los quinientos millones de católicos, han participado tan poco en las realizaciones de nuestra civilización? Quizás, la explicación sería que antes los creyentes exclamaban "¡Dios lo quiere!", y, se lanzaban, ya fuesen a las cruzadas, organizaciones gremiales, conquistas de países ultramar, fundación de órdenes religiosas, dedicados a los campos más variados: perfección espiritual, ciencia, enseñanza, asistencia a los necesitados, etc.

Actualmente, el católico también, en un primer impulso exclamará "¡Dios lo quiere!", pero su segundo movimiento será dirigirse hacia las enseñanzas científicas pertinentes en su tiempo, y, si no concuerdan con los preceptos de su fe, su impulso se paralizará. Es decir, en la actualidad, también para el católico la suprema autoridad para su acción es la ciencia. Lo que la ciencia de su tiempo considera posible, se realiza, mientras que todo lo demás se transforma en pretensiones irreales. En la actualidad, la ciencia no es solamente la autoridad para indicar como puede realizarse algo, sino lo que puede hacerse.

El efecto de este cambio de posición, al que puede atribuirse la casi nula acción en el campo exterior, no ha terminado aún, sino que se extenderá aún en lo sucesivo. Por ejemplo, ¿cómo será posible, en el futuro, una enseñanza cristiana (dominio de las pasiones, humildad), si sus artífices, como hombres de ciencia, se adhieren a las teorías de Freud y a las de Adler referentes a los peligros de complejos sexuales y de frustración?

Creo que el intelectual católico al establecer el diálogo con los ateos modernos, en su propio provecho verá que ha profundizado poco en los conceptos sobre los que se basa su vida espiritual y moral:

que vive peligrosamente en dos diferentes esferas, además en dos esferas que se contradicen fundamentalmente; y que su capacidad de acción, ya bastante mermada en el pasado, aún se paralizará más, si continúa supeditando los mandatos de su religión a las enseñanzas de la ciencia atea.

Ante él se abre un campo de trabajo inmenso. Debe preguntarse qué significan los datos de la ciencia y la ciencia misma para él, cual es la relación entre la fe y la ciencia, y, establecer una colaboración entre ambos.

3. El significado de la ciencia actual para el ateo y para el católico

Para el hombre actual los resultados de la ciencia experimental de su tiempo constituyen la autoridad suprema, y, para el ateo la ciencia le suministra la prueba, que no existe ni puede existir Dios y tampoco, un alma inmortal.

En los países marxistas se habla, por lo tanto, de un "ateísmo científico". Los datos de encuestas prueban este efecto de la ciencia moderna sobre la fe. Se ha verificado una encuesta sobre el porcentaje de las personas que, a pesar de veinte años de marxismo, han conservado la fe en Moravia, llegando al resultado de que, si el promedio de toda la población era de aproximadamente un 30 %, en la clase intelectual, había bajado a un 6 %.

Sin embargo, no siempre ciencia y ateísmo han sido sinónimos, ello es más bien un fenómeno del último siglo. Anteriormente, Isaac Newton, a quien nadie se atreverá a discutirle el título de científico, escribió al final de sus "Principia": "este bello sistema del Sol, de la Luna, de los planetas y de los cometas, sólo puede subsistir guiado y dominado por un ser infinitamente sabio y poderoso: Dios...".

En nuestra época, el físico Eddington, al coincidir las observaciones de la astronomía con unos previos cálculos matemáticos suyos, exclamó: "Dios es un matemático".

Para el creyente, el que el hombre sea capaz de comprender el universo será siempre un motivo de asombro, solamente explicable porque, según la Revelación, el Creador del universo ha hecho al hombre a imagen y semejanza suya.

Pero, cada vez más amplio es el círculo de aquellos, para los que cualquier descubrimiento científico sirve para fomentar el ateísmo. A estos les sirven tanto ciertas *tendencias* como ciertos *razonamientos*.

a) *Tendencias*: Una de estas tendencias es la inclinación del hombre moderno a creer que al saber explicar, o, al pensar haber encontrado una explicación sobre el funcionamiento del universo, él también hubiera sabido fabricarlo. Al saber que no ha sido él quien ha creado el universo tampoco quiere admitir que lo haya creado otro, y sostiene la opinión de que no ha sido creado por nadie.

Asimismo, al conseguir reproducir en una retorta, las condiciones que rigen al aparecer de la materia orgánica en la tierra, considera que ha logrado *crear* materia orgánica, pero, esta imitación de la creación, y en tamaño tan reducido, la inclina a la opinión, que la creación original ha sido realizada por sí misma.

Lo mismo ocurre con el lanzamiento de satélites, realizado también, a base de largos estudios sobre las leyes que rigen en el espacio. Este acontecimiento parece originar en muchos la suposición de que es una prueba positiva de que la puesta en órbita de los astros se ha realizado por los mismos astros.

A esta *tendencia*, el católico puede oponer:

- que, si se sabe o se cree saber el funcionamiento o la evolución de algo, ello no significa saberlo hacer;
- que, hacer lo mismo en una retorta o en cualquier medida limitada a la posibilidad del hombre, no significa poder realizarlo a escala universal;
- que, en todas estas tendencias se encubre la voluntad del hombre de no admitir, que existe alguien, que no sólo como él es capaz de transformar, si no de crear.

b) *Razonamientos*: El ateísmo científico contemporáneo del desarrollo de la ciencia experimental se apoya más sobre razonamientos que sobre meras tendencias.

En los últimos siglos y progresivamente, para dar como válida cualquier teoría científica, se le pide el requisito de haber sido comprobada por experimentos de laboratorio. Ahora bien, por más perfeccionados que sean los instrumentos de laboratorio, solamente pueden captar dos cosas: o materia o energía. Todo lo que no sea ni materia ni energía, cae fuera de la posibilidad de esta clase de comprobación.

De ello resultó en amplios círculos la idea completamente gratuita de que no existe ni puede existir nada más que aquello que el hombre pueda captar y medir con sus aparatos. Una verdad no comprobada en absoluto y por lo tanto, muy poco científica.

Al multiplicarse estas verificaciones y por consiguiente los datos obtenidos por la ciencia experimental, se obtiene la impresión de una masa abrumadora de pruebas, pero no debe olvidarse que solamente se refieren a aquellos sectores de la realidad que el hombre puede captar con sus instrumentos, es decir, al mundo puramente material.

Parecía que el intelectual católico nunca podría demostrar experimentalmente la existencia de algo no material en la creación. Pero, precisamente la civilización moderna atea inconscientemente ha realizado un experimento cuyo cobayo ha sido el mismo hombre. Convencida de que el hombre no es más que materia, ha edificado una civilización en la que existen un máximo de ventajas para el cuerpo humano, y, en los últimos cincuenta años, un máximo de libertad para el libido. El resultado de este experimento tenía que ser la sensación de perfecta plenitud del hombre moderno. Pero médicos, psicólogos y artistas modernos repiten continuamente que el hombre moderno está profundamente insatisfecho, hablan de la sensación de vacío del hombre de nuestro tiempo. Las neurosis, cuya rápida expansión nadie niega, se definen como "el padecimiento de la psique que no ha encontrado su sentido". Se ha alcanzado todo menos la plenitud.

¿No debe deducirse de ello la comprobación de que el ser humano no es solamente un ente constituido de cuerpo y libido,

y, que este algo más que posee es tan sumamente importante, que su anulación hace considerar al hombre que su vida está carente de sentido? El cobayo "hombre" ha registrado que no solamente consiste de materia y energía, sino de un "factor X". Por lo tanto, la creación, de la cual forma parte, no consiste meramente en materia y energía.

El intelectual católico podrá constatar, que la Revelación, defendiendo la existencia de un algo más que llama "espíritu", nos instruye sobre la realidad de un modo más completo que la ciencia moderna.

El intelectual católico puede hacer:

a) *Ciencia natural* al igual que los modernos, recordando en todo momento que ésta se basa sobre la hipótesis que en la creación no existe, ni interviene ni intervino más que materia y energía. Pero, ¿no sería también justificado que investigase sobre la creación, la evolución y la existencia del mundo, basándose en una hipótesis diferente: que además intervino o interviene uno o varios factores no materiales, "factores X"?

b) *Ciencias humanas y sociales*: De todos modos lo que, quizás sea facultativo en las ciencias naturales, ya es obligatorio en las ciencias humanas y sociales, ya que ha sido experimentalmente comprobado, que el hombre no consiste solamente de cuerpo y energía, sino de algo más, llamémosle, también, prudentemente "factor X".

Incluyendo este factor, no material, en la base misma de nuestra investigación, se nos abre un campo tremendo para rehacer y volver a pensar todas las ciencias humanas y sociales, desde sus mismos fundamentos. Esta obligación no solamente le incumbe al intelectual católico objetivamente, en nombre de la verdad, sino para situarse a sí mismo, para no continuar fundando su vida intelectual y su vida espiritual sobre dos bases diferentes, antagónicas, y, para compaginar de nuevo la acción con sus convicciones, tanto religiosas como científicas.

4. La tarea del intelectual católico

Después de elegir la materia de su estudio, el católico tiene que mirar, cuál es el enunciado desde el punto de vista de la fe, después, cuál es el juicio de la ciencia actual sobre la misma materia, y, finalmente, la relación que guardan estos dos puntos de vista.

Sinceramente, debemos confesarnos que a la mayoría de los intelectuales católicos les da miedo tener que plantear un problema desde estos dos puntos de vista. Desde generaciones han aprendido a evitar por completo esta clase de confrontación.

Es indudable que existe el peligro de caer en varios errores:

- el católico puede equivocarse sobre lo que dice su religión respecto al problema que quiere examinar,
- puede ser equivocada la actual opinión de la ciencia, y
- puede cometer equivocaciones en la confrontación de ambos puntos de vista.

Se han cometido equivocaciones en todos estos tres puntos en un caso mundialmente célebre: el caso Galileo.

a) *El caso Galileo.*

Es difícil sobreestimar la influencia de este caso, tanto sobre los ateos como sobre los creyentes. Para los ateos era decisivo. No pocos, al preguntarles: "¿Qué tiene Vd. contra la religión?" contestarían con una sola palabra: "Galileo".

Quizá, la influencia de este caso sobre la ciencia católica, aunque menos visible, ha sido igualmente profunda.

En la Cristiandad de la Edad Media prevalecía la opinión científica de Ptolomeo, creer que la Tierra estaba fija y que el Sol se movía a su alrededor.

Como en aquella época se quería establecer siempre la coincidencia entre los datos de la ciencia y la fe, se buscó en las Escrituras los pasajes que podían aludir a este hecho. Había dos, ambos en el Viejo Testamento, uno decía "qui movit terram de loco suo", lo que visiblemente no coincidía con la opinión científica de su tiempo, y

otro, en el Libro de Josué, en el que se describe como Josué hace parar el curso del sol.

Dejando en el olvido la primera frase, se adoptó esta explicación ya que *parecía* coincidir con el concepto ptolemaico del movimiento del Sol alrededor de la Tierra.

La opinión general se adhirió al segundo pasaje, tomándolo como prueba de que las Escrituras establecían la inamovilidad de la tierra y el movimiento del Sol. Se consideró que la teoría ptolemaica era válida.

El establecimiento de las teorías de Copérnico, y, sobre todo, su divulgación por Galileo originó el célebre proceso, en el curso del cual se obligó a Galileo a retractarse.

Pero la verdad científica se impuso: la Tierra gira alrededor del Sol. Se estableció, al parecer, la más completa contradicción entre los datos de la ciencia y los de la Revelación. Con el tiempo, cualquier intento de los católicos de querer subrayar una coincidencia en cualquier campo entre la ciencia y la fe, fue evitada, mientras que los ateos celebraban con júbilo toda aparente contradicción.

Sin embargo, este mismo caso Galileo tan claro aparentemente hubiera debido servir de materia de reflexión a los enemigos de la fe, no para dudar de que la Tierra girara alrededor del Sol, sino para poner en duda, que el relato de Josué, según el cual el Sol se paró, significa que el autor forzosamente tenía que creer, que la Tierra era inamovible, y, que el Sol girara.

Porque:

— ¿El hombre moderno, que sabe que la Tierra es esférica, y, que Australia se halla en los antípodas, hablando de aquel país, dice: ... "y, entonces, los pájaros bajaban el vuelo"?

¿Acaso el hecho, que continúa diciendo también aludiendo a aquel país, que "los pájaros levantan el vuelo", significa que no sabe, que la Tierra es esférica?

— Asimismo, si por la tarde alguien, mirando hacia el oeste, exclama: "El Sol va hacia el ocaso", ¿ello significa, que no sabe que es la Tierra que gira alrededor del sol? Desde luego que no.

Si esta expresión, que emplean aún hoy día tanto ignorantes como instruidos, no permite hacer deducciones sobre los conocimientos en astronomía del que la pronuncia, tampoco el párrafo del Libro de Josué nos autoriza a hacer conclusiones sobre las opiniones en materia de astronomía de su autor.

— Supongamos, que nuestra civilización quedase sepultada por una catástrofe y redescubierta después de milenios, y, que los investigadores de aquellos tiempos cometiesen la misma equivocación, hecha antes de Galileo por los creyentes, y, después de Galileo por los científicamente instruidos. Entonces aquellos pretenderían, que a pesar de todas las apariencias, en nuestra época ni siquiera se sabía, que era la Tierra la que se movía y no el Sol, porque, en unas cartas descubiertas de uno de los más célebres astrónomos de nuestra época y dirigidas a su esposa desde una excursión, éste escribió: "Y en el momento de llegar a la cumbre de la montaña, salió el sol", prueba irrefutable de su ignorancia, ya que la expresión correcta hubiera sido "al llegar a la cumbre, la Tierra había girado unos grados más de oeste a este".

Es Einstein quien, en nuestro siglo, ha dado la clave de todo este cúmulo de contradicciones y malentendidos: según él en astronomía, el hombre no puede hacer ningún enunciado sin situarse en un cierto punto de observación: si este punto de observación, desde el que habla, es la Tierra, entonces se mueve el Sol; si mentalmente traslada su punto de observación al Sol, entonces se mueve la Tierra; si a la vía láctea, se mueven tanto el Sol como la tierra, si se traslada fuera de la vía láctea, todos los tres elementos; y, si se traslada fuera del universo, quizás, tanto la Tierra, el Sol, nuestra galaxia como el mismo universo poseen movimiento.

Por lo tanto, si, en la Edad Media, en vez de utilizar las Escrituras arbitrariamente para justificar las erróneas ideas científicas de su tiempo, hubieran procedido con más respeto y

de una manera más equitativa, hubieran tenido que defender el punto de vista de que, según las Escrituras, tanto se podía decir, que la Tierra se movía, como que el Sol se movía. Seguramente hubieran cosechado, entonces, críticas y burlas, pero más tarde, en nuestro siglo xx, finalmente, se hubiera reconocido lo justificado de esta conclusión aparentemente tan absurda.

b) *Interpretación según la fe.*

Si ahora volvemos a insistir en la necesidad de que el intelectual católico se entere del punto de vista de la fe sobre la materia que va a investigar, al mismo tiempo tenemos que recalcar, que debe evitar en lo posible todas las faltas, que se cometieron en el caso Galileo:

- debe recordar, que al acercarse a las Escrituras, busca en ellas la afirmación de su opinión— que es, por supuesto, la opinión que corresponde a la ciencia de su época,
- que hace caso omiso de todo lo que no coincide con ella,
- que escoge, exclusivamente lo que parece coincidir, y
- que lo interpreta, además, a medida de su intención.

Esto no quiere decir, que vista la tendencia a equivocarse deba hacerse caso omiso del punto de vista de la fe, ya que su concepto fundamental le es imprescindible al católico en su labor. Pero, al escoger e interpretar los pasajes correspondientes en las Escrituras, uno no tiene que perder nunca el santo temor a equivocarse.

c) *Interpretación según la ciencia.*

Nos puede parecer que la fe, por la debilidad humana de querer ajustar la interpretación de la Revelación a los conocimientos reinantes de cada época, nos da un apoyo muy endeble.

Pero, ¿qué seguridad nos proporciona la ciencia?

Si contemplamos los resultados de las teorías de las ciencias no con los ojos del lego, sino del científico que trabaja en ellas, tenemos que admitir que el grado de seguridad no es mucho mayor:

- Apoyadas las conclusiones científicas sobre una o varias hipótesis,
- comprobadas las teorías por un número de experimentos y ejemplos limitado a menudo escogidos expresamente para este fin, además,
- quedando abiertas varias posibilidades de interpretar los resultados de los experimentos, se elige la interpretación que mejor coincide con la hipótesis fundamental, no mencionando las demás posibilidades.

Todo este cúmulo de inseguridades puede llevar a que toda la construcción científica de generaciones sea puesta en duda y reemplazada por otra, tal como le sucedió a la física en nuestro siglo xx. Lo mismo sucedió y sucederá continuamente en todas las ciencias. No hay mejor manera de convencerse de ello que estudiar la historia de cada ciencia, pero no sólo la historia de sus aciertos, sino, también la de todos sus errores.

Si ya en el campo de las ciencias naturales suceden cambios fundamentales, tanto mayor es el grado de inseguridad en el campo de las ciencias humanas y sociales, donde, ya de antemano, el porcentaje de coincidencia de la realidad con las leyes establecidas es menor, y mayor la posibilidad de diferentes interpretaciones de las pruebas.

Tomemos como ejemplo de esta escasa seguridad, el del concepto de la existencia de un inconsciente colectivo, que está en manuales y diccionarios científicos. En un Congreso Internacional, celebrado en Rotterdam, un psicoanalista admitía, que la gran dificultad de este concepto consistía en que, hasta entonces, nunca se había probado su existencia, pero, que este defecto quedaba subsanado, ya que él había encontrado, finalmente, un ejemplo (¡uno solo!), que probaba su existencia. (Por cierto el ejemplo era erróneo.)

Si añadimos a todo ello, la aversión de admitir un error, y la costumbre de dejar caer en el olvido más absoluto las verdades anteriormente defendidas, tenemos una idea del grado de exactitud con que la ciencia de una época ha captado la realidad.

Este afán de no admitir errores puede llegar lejos, como lo demuestra un ejemplo en el campo de la psicología; después de más de un siglo de concebir al hombre solamente como materia — como máquina primero, como cuerpo después —, se integró a este cuadro después la energía — la libido —. Cuando, finalmente, tenía que admitir algo más, escribió un célebre psicólogo norteamericano, que la mayor hazaña de nuestro siglo xx, no era el descubrimiento de la energía atómica, sino el descubrimiento de que el hombre tenía un alma. Juicio asombroso en un hombre perteneciente a la civilización cristiana.

Si, pues, al enjuiciar el contenido de la Revelación, se tiene que aconsejar al hombre el santo temor de emitir un juicio lamentablemente unilateral y egoísta, al contemplar las conclusiones de la ciencia de su tiempo, el intelectual tiene que tener también siempre presente lo precario e insuficiente de su explicación de la realidad. A pesar de todo, el hombre no sería hombre si no tratase de captar la verdad, y, el hombre católico no sería creyente, si no tratase de hallarla tanto por la Revelación como por la ciencia.

d) *Confrontación.*

Forzosamente tienen que confrontarse los resultados.

Ahora bien, ambos, creyentes y ateos, evitan esta confrontación en la actualidad, tanto cuando parecen coincidir, como cuando parecen contradecirse. Los creyentes por miedo — debido a algo que, quizás, podríamos definir como “el trauma del caso Galileo” —, y, los ateos por hacer caso omiso completo de la Revelación.

Así, mientras que en el comienzo de la edad moderna la “verdad científica” del espacio infinito, se consideró como un ataque directo contra la fe, el actual concepto del universo finito no ha dado pie a ninguna interpretación o contraataque.

Asimismo, mientras que, hace doscientos años, Voltaire trató de ridiculizar el descubrimiento científico de peces fosilizados, encontrados en la cumbre de una montaña, pretendiendo que fuese debido al ardor de un monje, para no tener que admitir que la tierra haya sido una vez cubierta de agua, como dice la Biblia, en la actualidad, cualquier coincidencia no provoca ninguna reacción de parte de los ateos, no por admitir ahora la posibilidad de un conocimiento revelado, sino por completo desinterés.

Aparente no-concomitancia entre los datos de la ciencia y los de la fe.

Creo que en la actualidad los casos más importantes y los más frecuentes no son los de aparente coincidencia o contradicción, sino los de una *aparente falta completa de concomitancia* entre los datos de la fe y los de la ciencia sobre una y la misma cuestión. Esta completa división, este no-tener-que-ver-nada lo uno con lo otro, me parece ahora el peligro mayor para el intelectual católico, ya que le permite poner a salvo su conciencia de creyente, autorizándole a vivir simultáneamente sobre dos bases diferentes. Tanto peor me parece el resultado, cuanto en mayor grado el problema en cuestión atañe al mismo hombre y a sus actividades.

En economía, por ejemplo, ¿qué relación tienen las teorías de un Keynes con el precepto de la Iglesia, según el que la actividad económica tiene que basarse en la justicia social? Aparentemente ninguna, el economista católico defiende, pues, las teorías de Keynes y los de otros economistas, considerando los preceptos de su fe sobre la actividad económica como un hermoso sueño, pero un sueño ajeno a la realidad.

Creo que una investigación más a fondo le llevaría a descubrir, que, tras las fórmulas y medidas propuestas por un Keynes, exista la convicción de que la actividad económica tiene que basarse forzosamente en el afán del máximo lucro individual — base diametralmente opuesta a la de los católicos.

Oposición entre fe y ciencia.

Habiendo descubierto detrás de la aparente no-concomitancia entre los datos de la fe y los de la ciencia una oposición de

fondo entre ambos, el intelectual católico tiene que decidirse si quiere continuar soslayando el problema o enfrentándose con él.

Si se enfrenta con él, hará bien en apoyarse firmemente en la enseñanza de que habiendo sido Dios el autor de la Revelación y el Creador del mundo, no pueda haber contradicción entre las verdades de la fe y los datos de la ciencia.

Primero, tiene que profundizar en el concepto que tiene la fe sobre la cuestión particular que quiere tratar. Si su tema atañe al hombre y a sus actividades, podrá encontrar interpretaciones de la Revelación emitidas por la máxima autoridad espiritual. Si investiga en otros campos, tendrá que tratar de llegar a una interpretación equitativa, acordándose siempre de las faltas cometidas en el caso Galileo.

Habiendo asegurado en lo máximo posible la interpretación según la fe, se dirige luego hacia la ciencia. Si continúa la contradicción, tiene que decirse que no puede haber oposición, a condición de que la ciencia actual interprete verdadera e íntegramente la realidad. Luego se impone la necesidad de investigar en cuanto las teorías científicas actuales coinciden con los hechos.

Ejemplo: Continuemos el ejemplo, donde tras una aparente no-concomitancia sobre la actividad económica hemos descubierto una contradicción entre la fe y la ciencia.

Primero buscamos una interpretación según la fe. Llegaremos a la conclusión que nuestra actividad económica, como cualquier otra, tiene que regirse por el amor al prójimo y los diez mandamientos. Tratándose de un problema que atañe la moral, disponemos, después, de interpretaciones detalladas en las encíclicas papales, cuyas enseñanzas podrían resumirse en el lema de "justicia social". Todo ello no tiene que constituir sólo un objeto de una reflexión, sino de una profunda meditación.

Si luego nos dirigimos hacia la ciencia, constatamos que desde los comienzos de la ciencia económica, hace doscientos años, se estipuló que debido al orden establecido en la creación esta actividad tiene que regirse forzosamente por el egoísmo, siendo el afán del máximo lucro individual el motor del progreso.

Una oposición fundamental.

Al creyente le tiene que parecer, que el Creador, al mismo tiempo de exigirle amor al prójimo y justicia social, haya creado la economía de tal manera, que sólo por el egoísmo desenfrenado de cada uno sea posible producir lo necesario para alimentar, vestir y alojar una masa de población siempre creciente.

Si la contradicción entre la fe y la ciencia nos inquieta, nos tendremos que decir, que existe en esta cuestión oposición, a condición de que realmente el egoísmo sea el motor del progreso.

Al buscar las pruebas de esta tesis fundamental, vemos que no existen, ya que por considerar la tesis evidente, nunca se había creído necesario reunirlos. Nuestra decisión de hacer frente a esta oposición entre fe y ciencia nos da ánimo a emprender un trabajo, que quizás nos parezca ridículo y superfluo: buscar las pruebas para la aserción que el afán del lucro individual sea el motor del desarrollo, doscientos años después de haber sido establecida la ciencia económica sobre esta tesis fundamental.

Investigando, a base de datos estadísticos, la relación entre el afán del máximo beneficio individual y el desarrollo de nuestra economía, con sorpresa hallaremos que en los últimos cien años se obtuvo el máximo desarrollo en aquellos países y en aquellas épocas, en que la tasa de beneficio era modesta — entre un 5 % y un 7 % anual de promedio —. Además, podemos constatar, que los países donde el afán de lucro de los empresarios y capitalistas es el máximo, son precisamente los países subdesarrollados.

Esto es un mero ejemplo. Mucho más prometedora sería una investigación sobre el valor científico del concepto básico del hombre, sobre el cual se funda actualmente la psicología y la sociología para llegar a dilucidar la diferencia de sus enseñanzas con los preceptos de la fe.

Si, luego de realizar esta tarea, se pasa a un sector más es-

trecho, ocurrirá que a menudo y a pesar de haber tenido que rectificar las premisas básicas de la ciencia, se llega otra vez a los resultados acostumbrados. Al concentrarse más, el investigador católico verá, que no basta la corrección de una premisa básica, sino que además hay en la ciencia.

- un considerable número de premisas parciales no verificadas científicamente,
- de hipótesis generalmente aceptadas,
- de razonamientos mecánicamente aprendidos, empleados inconscientemente, y, que sirven para dar una construcción uniforme a la ciencia.

Todos y cada uno de estos puntos tiene que ser comprobado de nuevo a la luz de los hechos. Las leyes científicas examinadas si realmente son siempre válidas, o solamente bajo ciertas condiciones.

En general puede decirse, que cuando más rápidamente adelantan sus deducciones, mayor es el peligro de que sus pensamientos recorran carriles establecidos.

Este continua respecto a cada concepto, a cada ley aprendida, representa sin duda una gran dificultad, pero, a su vez hallará a su vez pocas facilidades para llegar a una explicación sobre la nueva base:

- premisas débiles sobre las cuales se ha basado la explicación actual,
- interpretaciones unilaterales,
- teorías contradictorias,
- hechos no tomados en cuenta.

5. Resumen

La máxima autoridad de la edad moderna, la ciencia experimental, ha reducido arbitrariamente la realidad a un círculo estrecho, no admitiendo la existencia de otra cosa, que materia y energía en la naturaleza, y, cuerpo y líbido en el ser humano.

Al crear su civilización sobre esta base, el hombre llega a presentar claros síntomas de carencia. Tan fundamental es esta carencia, que los mismos ateos modernos no se cansan en calificar su civilización como "inhumana". Resulta, pues, que las enseñanzas de la fe eran más verídicas, que las de la ciencia moderna.

Este hecho científicamente comprobado al querer hacer vivir la humanidad sobre esta base materialista, tendría que permitir al intelectual católico sobreponerse a su "trauma del caso Galileo", llevándole a hacer ciencia sobre la base de que existe materia, energía, y, algo más.

El primer campo para hacer ciencia es el mismo hombre, sus actividades, los problemas que surgen de su convivencia con otros, la sociedad.

La base, sobre la que tiene que investigar el intelectual católico no es, pues, como se ha creído tanto tiempo, más estrecha, sino, al contrario, más amplia que la de la ciencia moderna.

Es tremenda la tarea que tiene que atacar, guiándose por el principio de "la duda sistemática".

Primeramente al hallazgo de la aparente incongruencia de los datos de la fe con los de la ciencia, debe seguir la profundización, el alcance de las raíces de la ciencia, la posición de los principios de la ciencia y de la fe en un denominador común.

Pero no basta este trabajo, asimismo debe examinar nuevamente cualquier premisa parcial, cualquier ley generalmente admitida. La mayor dificultad que existirá en este trabajo será la costumbre de discurrir por caminos trillados, a la vez que será facilitada su tarea por la cantidad de premisas e hipótesis insuficientemente verificadas, teorías contradictorias, y la considerable cantidad de material no tomado en cuenta, porque no corrobora la tesis actualmente vigente.

Al intelectual católico se le abre todo un campo para hacer ciencia verdaderamente.

ECUMENISMO ANTIECUMENICO

Siempre consideré de importancia trascendente la unión de los grupos cristianos. Es hacer efectiva aquella consigna del Apóstol: "Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo", ideal de la Iglesia de Jesucristo.

Dos insignes ecumenistas

Cuando nada sabíamos aún del Concilio, por el verano de 1957, tuve oportunidad de tratar estas cuestiones con eminentes especialistas, como el P. Gustavo Weigel, S. J., que tanto iba a distinguirse después en el decreto conciliar sobre el ecumenismo. Aquel año, este religioso, fallecido ya, fue uno de los dos observadores católicos, enviados por la jerarquía de los Estados Unidos, a una convención, de amplitud nacional, celebrada por el departamento "Fe y Constitución" (Faith and Order) del Consejo ecuménico de Iglesias (World Council of Churches), cuya sede en Nueva York pude también visitar.

En un país donde todo se institucionaliza existe hoy una asociación Weigel, para promover los estudios y procedimientos ecumenistas; como hay otra, con el nombre del P. La Farge, dedicada a fomentar la igualdad racial.

En 1957 cambié impresiones también con el teólogo y profesor Juan A. Hardon, S. J., que había reunido ya una colección ecumenista difícil de igualar. Me enseñó baúles de documentos, literarios y gráficos, libros y artículos en microfilm, estadiísticas, diapositivas, películas... Su literatura era inagotable, y supongo que se habrá centuplicado, de entonces para acá.

Las razones del corazón

Naturalmente, si intentamos labrar por la incorporación, de esos grupos cristianos disidentes, a la única Iglesia de Jesucristo, debe-

mos comenzar por concerlos y tratarlos; y enviar por delante la caridad y la amabilidad. En la pedagogía de la conversión, el corazón es lo primero, y después la cabeza. Antes de convencer a los hombres, es preciso conquistar su afecto y su cariño. Si llegan a querernos sinceramente, persuadidos de que sinceramente los queremos, ya está andado gran parte del camino que nos separa. He ahí las razones del corazón, descubiertas por Pascal, dicen unos; por San Agustín, según otros. Pero a mí me parecen vigentes desde el tiempo de Adán.

En una palabra, individuos y pueblos han de convertirse por el trato con que los distingamos, y no precisamente por los razonamientos con que los abrumemos. ¿Cómo van a volver aquellos a quienes estamos alejando más y más con nuestra brusquedad, con nuestros modales, intemperancias e imposiciones, con nuestros argumentos, empleados con una convicción y energía muy dignas, es verdad, de la causa que defendemos, pero esgrimidos para dejar a nuestros adversarios fuera de combate?

Según esto, nos agradan, entre los católicos, las revistas de ecumenismo. Intentan, con delicadeza y amor, acercarnos a los hermanos separados. Se fijan más bien en lo que nos une; dejan a un lado cuestiones doctrinales, que han de tratar, eso sí, los teólogos de unas y otras Iglesias, en sus reuniones de alto nivel científico: soslayan cuestiones históricas, y aceptan y aun reclaman, la parte de culpa que, como a hombres frágiles, nos corresponde, para poder borrar ese triste recuerdo del pasado con nuestras lágrimas de arrepentimiento.

Intentan unir y están separando

Si todo esto es verdad, también afirmamos que a veces nos entriste-

cen y atribulan, en artículos y publicaciones, ecumenistas y no ecumenistas, la inoportunidad, la chocarrería, la altanería, el desgarró, el desaire, la sinrazón, y aun la ofensa y la injuria con que veo tratar allí a ciertos grupos o personas de nuestra propia confesión católica, que no precisamente en tesis dogmáticas, sino en cuestiones muy opinables, se apartan del escritor o de su escuela.

Procuran éstos captarse la simpatía de los disidentes del catolicismo, pero consiguen también hacerse cada vez más antipáticos, y aun repulsivos, a sectores pertenecientes, no sólo a la misma Iglesia, sino a idénticas profesiones o instituciones dentro de nuestra Iglesia católica. Intentan atraer y unir con nosotros a los hermanos separados, pero de hecho están ensanchando más y más la distancia con los hermanos no separados.

Todo esto pensaba yo al leer ciertas expresiones de una revista sobre ecumenismo. La cogí en mis manos con ilusión; pero me bastaron dos breves artículos para dejarla apesadumbrado y triste.

¿A eso se extiende el ecumenismo?

La Iglesia ha descuidado un fragmento de verdad, como es la audacia en teología, pude leer allí; porque la nuestra, anclada en problemas resueltos, en planteamientos abstractos..., al menos la de nuestras universidades, constituye desde la canonización de Aristóteles, un bloque monolítico, y nos escandalizamos cuando alguno quiere romperlo.

Aquel articulista llamaba también poco caritativas e intransigentes a ciertas declaraciones últimas de un teólogo curial, católico desde luego. Son "triumfalistas" los que afir-

man que en el mundo hay quinientos y pico millones de católicos, porque si nos metemos un poco en la intimidad de las personas, veremos cuántos católicos de conveniencias tenemos. El pluralismo religioso no se puede decir que es hoy una enfermedad social.

Por ahí va el autor de este artículo, insigne ecumenista, que llama irreal al derecho canónico y a la ley española concordataria sobre el matrimonio. "Las consideraciones teológicas guárdense para mejores ocasiones", dice. Y concluye: "A todo esto se extiende el ecumenismo, aunque sea para escándalo de timoratos".

Apodícticamente cítanse, como clarísimas y ciertas, afirmaciones muy oscuras, difíciles y opinables. No me meto a discutir las. Pero si fueran ofensivas a alguno de los sectores disidentes, una revista que se titula ecuménica estaba obligada a omitirlas. Lo son a personas y grupos católicos; y sin embargo, las escribe.

¿Escándalo de timoratos?

He ahí una de tantas contradicciones desconcertantes que contemplamos a nuestro alrededor. Conozco escritores que se presentan como abiertos al diálogo. Pero van a él decididos a no ceder; y eso, en realidad es no dialogar. Si un artículo contradice o discute sus posiciones inconmovibles, entonces no lo publican; y en la sección destinada a los lectores, ni siquiera contestan las cartas de esos otros que de veras quieren dialogar.

Publicistas "muy liberales y tolerantes" niegan su colaboración si a su lado aparece la firma de un escritor que no opina como ellos. He visto impugnar clamorosamente el triunfalismo a los que estaban propagando, a son de trompeta, sus propios libros y artículos; se instalaban después, en su cargo, con desusadas manifestaciones triunfales, o al celebrar la Misa no podían disimular el deseo de atraerse, con sus gestos, una triunfal admiración.

La misma revista ecuménica citada, que lanza su pullita contra el triunfalismo, no se contenta con darnos el nombre de sus muy ilustres colaboradores, sino que añade también el retrato.

Finalmente, escritores que se precian de ecumenistas intentan suavizar toda clase de asperezas en las relaciones con los hermanos separados; pero no se recatan de escribir y repetir frases que pueden ofender o molestar a los hermanos no separados. Y como después nos dicen ingenuamente, aunque irreflexivamente yo creo, que a eso también se extiende el ecumenismo, hemos de concluir que el de ellos parece radicalmente antiecuménico, pues al intentar atraer y unir a los alejados de nosotros, tal vez estén separando más y más, y desuniendo, a los vinculados ya con nosotros.

Pero no sé si esta admiración y extrañeza mía será también lo que nuestra revista llama "escándalo de timoratos".

V. FELIU

CRISIS DE OBEDIENCIA O DE EDUCACION

El espíritu de rebeldía, que caracteriza a una parte de nuestra juventud, es una de las manifestaciones de la crisis de obediencia que padece la sociedad moderna. El Papa en muy recientes documentos se ha referido con amargura a esta peligrosa lacra de nuestros tiempos.

Esta crisis ¿no obedecerá a otra más profunda, la crisis de la formación humana, religiosa y moral de nuestra infancia y juventud? La Sagrada Escritura nos ofrece, principalmente en los libros sapienciales, un rico tesoro de principios, que deben regir la formación del hombre en los primeros años de su vida. Principios universales, para todos los hombres y para todos los tiempos, respaldados además por la autoridad de Dios, autor de los Sagrados Libros; otros a los mismos hijos. En este artículo recogeremos los más importantes de los primeros, dejando para otra ocasión los que se refieren a las obligaciones de los hijos.

El padre ha de mostrar el amor a sus hijos, instruyéndoles ante todo en la santa Ley de Dios. *Instruye al niño en sus caminos*, dicen los Proverbios (22, 6), *que aun de viejo no se apartará de él*. La mente tierna del niño recibe fácilmente y retiene con tenacidad lo primero que en ella se siembre en sus primeros años. Para

S. Pablo, educado conforme a los principios de la Ley antigua, ésta queda sustituida por la nueva del Evangelio. Por eso los rudimentos de la doctrina y moral cristiana juntamente con las prácticas piadosas y el ejemplo de los padres, son los pilares en que ha de fundamentarse la educación del niño.

Los Libros Sagrados insisten mucho en la necesidad de la corrección del niño; que ha de ser firme, seria y aun a veces severa. *No ahorres a tu hijo la corrección, que porque le castigues con la vara, no morirá; hiriéndole con la vara, librarás su alma de la perdición* (Pr 23, 13). Y en otro sitio: *Odia a su hijo, el que da paz a la vara; el que le ama, se apresura a corregirle* (Pr 13, 24). La Escritura reprende seriamente a los padres, que llevados de un amor mal entendido, ni reprenden, ni castigan a sus hijos por temor a molestarles. El niño, a quien el padre consiente todos sus caprichos, se hará terco en sus ideas, no se atenderá al consejo de nadie y se hará en su trato repulsivo y antipático a sus compañeros. Será, añade el Sabio (22, 3), la deshonra de sus padres, a quienes todos culparán de la mala educación que ha dado a su hijo.

El que mimaba a su hijo, leemos en el Eclesiástico (30,

7), *tendrá luego que vendarle las heridas*, y añade la razón: porque será terco, indócil como caballo mal domado, y abandonado a sí mismo será un muchacho testarudo, que se verá envuelto en riñas y contiendas aun con peligro de su vida (ib.). Obligación gravísima de los padres es vigilar las primeras tendencias de sus hijos para orientar las buenas y reprimir con mano fuerte las malas, acostubrándoles a doblegar su juicio y voluntad a la autoridad paterna y de los mayores. *Doblega su cuello en la juventud y tunde sus espaldas mientras es niño, no se te vuelva terco y desobediente* (Ecli 30, 12).

Con todo los padres han de procurar no traspasar los límites del rigor. Por eso S. Pablo les advierte: *No irri-téis a vuestros hijos, para que no se desanimen* (Col 3,

21). El padre en las reprensiones y castigos ha de mostrar un gran dominio de sí mismo, sin dejarse llevar de la ira, ni de la precipitación, ni de afecto alguno desordenado, que pueda exacerbar el ánimo del hijo. Los niños tienen un sentido muy delicado de la justicia y de la propia dignidad, y por eso los castigos precipitados, exagerados y sobre todo los inmerecidos pueden dejar en su tierno espíritu una amargura de desastrosas consecuencias para el futuro de su vida. Por el contrario la corrección sabia y prudente, será origen de alegría y satisfacción para el hijo, cuando más tarde caiga en la cuenta de sus provechosos efectos. *Corrige a tu hijo y te dará contento, y hará las delicias de tu alma* (Pr 29, 17).

SABER OBEDECER-SABER MANDAR

No sé decir si es más fácil mandar que obedecer. Personalmente creo que es más cómodo obedecer, cuando se tiene la conciencia de que el superior sabe mandar. Los años de mi vida, que recuerdo con más placer, son los de mi juventud estudiantil, en los que mi preocupación era escuchar las lecciones de mis profesores, estudiarlas con intensa dedicación y dejarme guiar en todo lo demás por la autoridad de mis superiores, quienes para mí siempre tenían razón en lo que disponían.

Hoy veo que gran parte de la juventud no es como la de mis tiempos. No se entiende la obediencia sin diálogo, y lo que es más alarmante muchos jóvenes discuten y contradicen las disposiciones de la autoridad superior, sea ésta cual fuere, poniendo en duda o negando el mismo derecho a mandar. Existe en un sector amplio de la masa juvenil un espíritu de rebeldía, manifiesto unas veces, otras larvado, al que ha aludido recientemente con sentidas palabras el mismo Sumo Pontífice. Esto es innegable. A la vista están esas manifestaciones de jóvenes insubordinados, que protestan violentamente de todo y hasta llegan a desafiar a los poderes públicos.

No hablo de todos los jóvenes. Hay grupos selectos de excelentes estudiantes, esperanza de la patria, que tiene puestos sus ojos en ellos para el día de mañana. Tienen de-

recho a hacer oír su voz, que puede ejercer beneficioso influjo en la marcha de la cosa pública, pero saben que hay cauces legales para hacerlo, sin algaradas, ni perturbaciones del orden público, que a nadie favorecen y molestan a tantos pacíficos ciudadanos.

No trato en este artículo de investigar las causas de estas inquietudes por que atraviesa la juventud de nuestros días. Sólo pretendo buscar en la palabra de Dios, algunos principios básicos, que a veces se olvidan y pueden orientar en esta delicada materia.

Ante todo la Escritura nos enseña que en cualquier sociedad humana tiene que haber quien mande y pueda exigir obediencia. *Donde no hay gobierno, dicen los Proverbios, el pueblo marcha a la ruina* (II, 14). Los que promueven el desorden, la anarquía y la desobediencia, atentan contra la existencia de la misma sociedad.

Esto mismo vino a enseñar S. Pablo escribiendo a los Romanos: *Cada uno, les dice, sométase a las autoridades que están sobre nosotros, porque no hay autoridad, que no venga de Dios, y las que existen han sido constituidas por Dios. Quien resiste a la autoridad, se opone al orden divino, y los que se oponen, atraen sobre sí la condenación* (13, 1, 2).

La Escritura da también lecciones a los que mandan, para que sepan hacerlo con sabiduría y pru-

dencia. Los gobernantes son para el pueblo, no el pueblo para los gobernantes. Es decir: los que gobiernan han de buscar, defender y procurar el bienestar de todos los gobernados. Para lo cual uno de los medios en que más insisten los Libros Sapienciales es la elección de numerosos y sabios consejeros. *Frústranse todos los planes, dicen los Proverbios, donde no hay consejo, pero se logran con el consejo de muchos* (15, 22).

El secreto de un buen gobierno está en la sabia elección de los consejeros. Un hombre, por muy inteligente que sea, no puede abarcar la complejidad de problemas, que lleva consigo la dirección de un pueblo. Los factores políticos, sociales, económicos y aun internacionales dificultan la administración pública, y exigen consejeros numerosos, inteligentes, amantes de la patria y desinteresados.

En esta última cualidad insiste principalmente el autor del libro del Eclesiástico. *Hay, dice, quien aconseja en interés propio. Los consejeros, que vayas a elegir, mira antes de qué necesitan, no te aconsejen en provecho suyo* (37, 7, 8). Y describiendo al buen consejero añade: *Trata más bien con un varón piadoso, de quien sabes que guarda los preceptos; cuyo corazón es semejante al tuyo y que te compadecerá si te ve caído* (37, 15-17).

Lo que hemos dicho de la socie-

dad civil, tiene su aplicación a la familiar, la cual tiene también su cabeza rectora, el padre de familia, a quien todos los demás miembros están sujetos y deben obediencia. También él en determinadas circunstancias necesitará acudir al consejo de otros.

En la epístola católica de Santiago, leemos una sentencia, que puede servir de guía para ordenar el uso de la lengua y apreciar en su justo valor las palabras de los demás. *Todo hombre, dice, debe mostrarse pronto para escuchar, tardo para hablar y tardo para la ira* (I, 19).

Unos por una idea exagerada de la dignidad de la persona humana, otros por una sobreestima de su ingenio y de su ciencia, otros por la inexperiencia de la vida; cierran sus oídos a toda enseñanza o consejo, que se oponga a sus ideas propias, o maneras personales de ver las cosas. En estos casos no se repara en silenciar, criticar, o interpretar en sentido desfavorable prácticas arraigadas en la tradición cristiana y aún se llega a poner en tela de juicio y a discutir doctrinas o disposiciones de la misma autoridad suprema de la Iglesia.

Recientemente el Papa en su discurso al episcopado pronunciado en Bogotá, se ha quejado amargamente del proceder de algunos teólogos contemporáneos, los cuales "recurren a expresiones doctrinales ambiguas, se arrojan la libertad de enunciar opiniones propias, atribuyéndolas aquella autoridad, que ellos mismos discuten a quien por derecho divino posee carisma tan eximio; incluso consienten en que cada uno en la Iglesia piense y crea lo que quiera, recayendo de este modo en el libre examen, que rompió en otro tiempo la unidad de la Iglesia misma. Los cuales fre-

Finalmente cada persona es un pequeño mundo con sus tendencias buenas y malas, con sus problemas internos de conciencia, a veces más punzantes que los externos. Necesita saber gobernar su pequeño mundo interior. Y en circunstancias difíciles de la vida, es prudente bus-

SABER ESCUCCHAR

cuentemente se equivocan por insuficiente conocimiento de las genuinas verdades religiosas."

Santiago exhorta a sus lectores a no erigirse prematuramente en maestro de los demás. Antes de lanzarse a sentar cátedra de sus personales ideas, el hombre prudente se somete humildemente a escuchar las lecciones de los que tienen más ciencia, autoridad doctrinal y experiencia que él. Por lo menos acepta un diálogo sereno y desapasionado, dispuesto a renunciar a su juicio propio, si así lo exige la fuerza de la verdad.

Esto significa que el cristiano ha de mostrarse pronto para escuchar y tardo para hablar. La razón la expone el mismo autor sagrado: porque de la lengua precipitada y locuaz, provienen muchos y gravísimos males, como por desgracia hoy experimentamos.

Esta máxima la encontramos repetida en diversas formas en la literatura sapiencial del Antiguo Testamento y aun en moralistas profanos. "Tenemos, decían Zenón, dos orejas y una boca, para que escuchemos más y hablemos menos". Las palabras de Santiago están caldadas en el Eclesiástico: *Sé pronto para escuchar y tardo para responder. Y añade: si tienes que responder, responde; si no pon la mano sobre tu boca* (5.13).

El autor del libro de los Proverbios, invita a los jóvenes a escuchar sus enseñanzas, porque les harán cautelosos y prudentes. Los mismos sabios aumentarán su ciencia y se capacitarán para progresar en

car un guía sabio y fiel, que nos señale el camino que hemos de seguir. Las palabras de Santiago en su carta (I, 19), *cada uno esté pronto para escuchar*, son un eco de la sentencia que repetidas veces leemos en los Libros Sapienciales: *es sabio quien busca consejo*.

la más alta sabiduría (I, 4-6). Por eso llama bienaventurados a los que escuchan sus consejos y por el contrario se perjudican a sí mismos y aman la muerte los que cierran sus oídos a las divinas enseñanzas (8, 33). En otro sitio advierte: *el que guarda su boca, guarda su vida; el que mucho abre los labios, busca su ruina* (13, 3). *¿Has visto un hombre precipitado en el hablar? Más esperanza que en él hay en el necio* (29, 20). Comenta bellamente estas palabras S. Beda: "Es gran defecto la necedad, pero no lo es menos la verbosidad. Sucede a veces que un necio recibe las palabras de corrección más pronto que el que precipitado en el hablar, prefiere hablar con jactancia las cosas que conoce o cree conocer, a escuchar los dichos de los sabios". *La parquedad en las palabras*, se dice de nuevo en los Proverbios, *es tan propia del sabio, que aun el necio, si calla pasará por sabio y prudente* (17, 28).

La resistencia que ofrecen muchos a escuchar las ideas de los demás y la ligereza en proponer las propias de palabra o por escrito, como las únicas aceptables, son con frecuencia ocasión de discusiones, que separan los ánimos y amargan las relaciones fraternales que el Evangelio pide a los cristianos. Por esta razón, todo hombre sabio y prudente debe mostrarse pronto para escuchar a los demás, tardo para exponer sus opiniones, de donde se seguirá que ha cerrado la puerta a discusiones que irritan los ánimos y matan la caridad.

SEVERIANO DEL PÁRAMO, S. J.

Profesor de Sagrada Escritura en la Universidad Pontificia de Comillas.